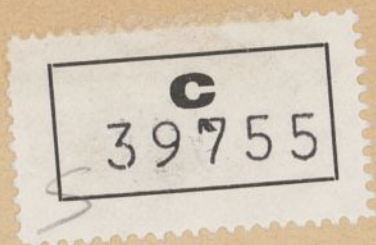


EMILIA
PARDO BAZÁN

5

5



S

EMILIA PARDO BAZAN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 34

MI ROMERÍA

Cuarta edición



ADMINISTRACIÓN

Calle de San Bernardo, 37, principal

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

R, 7363

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

ADVERTENCIA

Á QUIEN LEYERE ESTE LIBRO.

Al abrir mi baúl cuando regresé de Roma, fueron saliendo de él objetos muy raros y diferentes: ricos rosarios de ámbar, coral, ágata, malaquita, revueltos con otros de obscuras cuentas de madera ó huesos de aceituna; camafeos donde una mano hábil esculpió el busto de León XIII en actitud de bendecir; la lámpara de barro que usaban los cristianos en las Catacumbas; la copa italo-griega extraída de las excavaciones de Capua; el trozo de ánfora sepulcral recogido en la Vía Apia, en el recinto de una ignorada tumba; la escudilla fabricada con polvo de la Santa Casa de Loreto; el amuleto romano labrado en preciosa cornalina; juguetes de cristal de Venecia;

fotografías de cuadros modernos, y el retrato de Don Carlos, con dedicatoria autógrafa. Caprichoso conjunto de elementos cristianos y paganos, de aficiones artísticas y adhesiones personales, que en su variedad y aparente desorden refleja y simboliza, no sólo la obra que hoy sale á luz, sino el alma de su autora.

Cómo han sido redactadas las páginas que ahora te ofrezco en forma de libro, oh lector siempre benévolo, bien lo saben mis compañeros de romería, que me las vieron trazar sobre la mesa de la fonda ó de algún cafetín de estación ferroviaria, mientras no servían la taza de dudoso brebaje ó no llegaba el esperado tren. Por primera vez de mi vida he escrito así, machacando el hierro hecho ascua, sin meditar ni consultar obra alguna. Confesión que explica los defectos y también el solo atractivo de mis crónicas, que por su misma franqueza y rapidez han conseguido hacerse leer de todo el mundo, ayudadas en este empeño por la extraordinaria publicidad de *El Imparcial*, donde vieron la luz.

Algunas inéditas contiene, sin embargo, el presente tomo, entre ellas las que se refieren á Don Carlos y su palacio en Venecia. Consideraciones que están al alcance de todo el mundo vedaron á *El Imparcial* la inserción de mis artículos, lloviendo sobre mojado del de Ortega Muñilla relativo al mismo tema. Es ya bastante heroísmo é *imparcialidad* sobrada en un periódico liberal el hablar con decoro y respeto de la única persona para la cual en España no existe justicia, ni equidad, ni siquiera tolerancia; la única á cuyo nombre se crispan los más transigentes y se olvidan las nociones del derecho público, los preceptos elementales de la razón y hasta las exigencias naturales de la curiosidad humana, que necesita datos para juzgar y análisis sinceras para deducir de ellas la ley histórica. Sospecho que á *El Imparcial* le habrá costado más de un disgusto el acto tan sencillo é indiferente de publicar las notas de su corresponsal y *reporter*, y sé de fijo que á mí se me ha de tomar á mal por tirios y troyanos el reflejo de mis impresiones

venecianas en este libro. Sea lo que Dios disponga, que al fin y al cabo el público se va hacia los que se le entregan sin reserva ni artificio y le dan en comunión el pan de la verdad, quier dulce ó quier amargo.

Todavía me importan ciertas advertencias. Por la índole de mi viaje y por genuína disposición de mi espíritu, en estas crónicas abundan párrafos y capítulos enteros consagrados á asuntos de carácter religioso. He procurado, al tratarlos, no mojar la pluma en agua bendita, sino en tinta de variados colores, á fin de no hacerme tediosa al lector profano. Quizás, por culpa de este propósito mío, se habrá deslizado alguna palabra ó concepto más osado y vivo que escandalizase á los pusilánimes: verbi gracia: no faltó quien me dijese que el epígrafe del artículo sobre la misa jubilar de Su Santidad, *El fantasma blanco*, suena á atrevido é irreverente para la sacra persona del Pontífice. ¡Yo, que lo escribí con lágrimas en los ojos y el corazón inundado de ternura hacia el encantador vie-

jecito! Me apresuro, me apresuro á declarar que usé la palabra *fantasma*, no en el sentido de visión espantable y horrenda (¡horrendo León XIII!), sino en el de cosa que parece sobrenatural y soñada, según anunciaba ya en el artículo que precede á ese y que titulo *Güelfos y gibelinos*. Y claro está que si otras ideas ó frases de MI ROMERÍA se considerasen malsonantes, desde luego las explico ó las retracto. ¡Qué! ¡Ha de tener un presidente de Parlamento el derecho de obligar á los oradores á que aclaren y enmienden un período, y no ha de ser lícito á los Prelados llamar al orden á los escritores católicos (aunque no de oficio), si conviene! Mas no por eso se crea que estamos tan sujetos como los padres de la patria en los escaños famosos. El campo de las cuestiones libres y opinables es dilatadísimo, y la rienda de oro de la fe no le ha cortado jamás los vuelos á Pegaso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Madrid 1.º de febrero de 1888.

Á ROMA.

MADRID 18 DE DICIEMBRE DE 1887.

Entré en la sacristía de la parroquial de San Luis con ánimo de tomar mi billete para unirme á la peregrinación que se dirige á la Ciudad Eterna á festejar el Jubileo sacerdotal de León XIII. Y vaya una pequeña digresión de carácter filológico. No debiera llamarse *peregrinación*, sino *romería*, este viaje. El uso, desde hace muchos años, corrompe el sentido de las palabras *romería* y *romero*, y así ocurre que se nombren *romerías* las fiestas celebradas en cualquier ermita ó santuario á honra del patrón ó de algún misterio religioso, y hay la *romería* de San Isidro y la de San Antonio, y en mi tierra la del Sacramento. Pero en rigor y con propiedad, *romeros* son los que van á Roma al jubileo ó en cumplimiento de voto; *peregrinos* los que *in illo tempore* se dirigían á Santiago de Compostela con las conchas

y el bordón, y *palmeros* los que emprendían el camino de Jerusalén y regresaban con la palma en la mano. Permítaseme, pues, que de hoy más restituya á la excursión su verdadero nombre, llamándola *romería* siempre.

Decía que fuí á tomar billete en San Luis, y mientras lo efectuaba pregunté al ecónomo, Sr. Guijarro, ciertos pormenores referentes al viaje. No pude menos de manifestarle que es gran lástima que las compañías de ferrocarriles, habiendo concedido este billete de ida y vuelta á precio tan inverosímilmente barato, no prefiriesen darlo un poco más caro otorgando algunos kilos de equipaje facturado á cada romero. Porque si muchos nos correremos á facturar nuestro baúl cueste lo que costare, es evidente que siempre habrá una mayoría de personas poco avezadas á lances ferroviarios y recelosas de desembolsos imprevistos que se irán con lo puesto, justificando las terribles afirmaciones que hace pocos días oí á un célebre tenor, de que los romeros españoles suelen entrar en la capital del mundo católico sucios, desastrados y hechos una miseria, y andar por allí dando que reir con su perjeño al diablo italianísimo. Cuando indicaba al Sr. Guijarro mis

inquietudes respecto á que mucha gente se fuese de romería con lo encapillado nada más, y hasta sin una triste muda de ropa blanca, oí á mi lado una voz que exclamaba vivamente:—Así voy yo.—Volvíme y ví á una anciana con manto de seda negra, pobre traje de lana á cuadros, cara curtida, de humildes facciones, los ojos respirando fe, uno de esos rostros que se ven en los cuadros místicos, en la *Adoración de los pastores* ó la *Presentación en el templo*, y también en las cabezas de *Santa Ana enseñando á leer á la Virgen*.

La mujer, sentada en una silla, daba vueltas entre sus dedos al rosario.

—Soy—me dijo con esa expansión comunicativa tan característica del pueblo español—una infeliz criada de servir; con mi sudor de toda la vida he ahorrado para este viaje, y ahora voy á ver al Papa. ¡Al Papa! —Y al pronunciar el nombre del Papa, su mirada se transfiguraba como en un éxtasis. —¿Qué importa—añadió—ir con ropa ó sin ella? Lo que sí llevo es árnic, hilas, vendas, por si algo me sucede en el camino; que lo demás... El caso es ganar muchas indulgencias, ganar el cielo.—Después me enseñó recelosamente el prospecto de una

empresa industrial, que ofrece á los rome-
ros, por un tanto alzado, fondas en el ca-
mino y asistencia en Roma.—No quiero—
indicó—gastar las pesetas que dice aquí:
me meteré en cualquier parte.—Y yo me la
figuraba durmiendo bajo un pórtico, lle-
vando en un zurrón comida fría para todo
el viaje, con tal de ver al Papa.

Esta alma primitiva me conmovió, he de
confesarlo. Ella tiene razón: bienaventura-
dos los pobres de espíritu. Nos hemos vuel-
to tan remilgados, tan exigentes, tan pa-
gados de la corrección externa, que nada
nos satisface, y el corazón nos pesa más
que si fuera de plomo. Nos enteramos,
como de un asunto importantísimo, de si
encontraremos bien á punto las comodida-
des, sin las cuales, por lo visto, no acerta-
mos á vivir; y queremos hacer una rome-
ría como se hace un viaje de veraneo á ba-
ños de mar; hasta el extremo de que los
que nos resolvemos á unirnos, como es jus-
to, en cuerpo y espíritu á esta manifesta-
ción católica, pasamos por unos héroes, y
oímos palabras compasivas vaticinando los
sufrimientos que nos aguardan!

No quiero hacerme mejor de lo que soy.
En mí también luchan los hábitos regalo-

nes del siglo con el fondo cristiano; pero ayuda á éste mi imaginación de artista que, cuando está satisfecha, me hace hasta olvidarme de comer en un día entero. La romería estimula mis aficiones de observadora, al par que refresca mi cariño hacia la Iglesia santa; y casi me irrita pensar que en el próximo viaje se dividirá el tren, como siempre, en coches de primera, segunda y tercera, pues desearía que fuésemos iguales todos, como hermanos. Ya sé que han corrido los tiempos; que no son los días en que el palmero de estirpe real iba á Jerusalén ensangrentándose los pies en los guijarros y espinos de la ruta donde blanqueaban huesos de otros palmeros que le habían precedido, invirtiendo largos años en el viaje y encontrando á la vuelta que el puente levadizo de la torre no se baja ya ante su señor, ó que se están celebrando las bodas de la esposa amada que ya se creyó viuda, ó que su propio padre, el emperador, le sentenció á muerte en horca.

.....

De Mérida sale el Palmero
De Mérida esa ciudad;
Los pies llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.

Una esclavina trae rota
Que no valía un reale.

.....
—Tomalde, la mi justicia,
Y llevédeslo á ahorcare.

.....
Y aun allá al pie de la horca
El Palmero fuera hablar:
—¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare.

.....

Aunque yo siempre echaré de menos los siglos en que el romance del juglar se posaba como pájaro de oro en la rota esclavina *que non valía un reale*, comprendo ¡ay! que no podemos resucitarlos; pero me agradaría, cuando salimos para Roma, que pensásemos ante todo en el fin ideal del viaje, y que la felicidad y el lujo de la imaginación pudiesen resarcirnos sobradamente de cualquier insignificante molestia física. Toda persona cabal debe ser por turno ateniense y espartana: saborear los refinamientos suntuarios de la vida, y saber desdenarlos cuando se le ofrece un deleite más exquisito aún, el goce de la fantasía y el

grado supremo de la emoción artística, sublimada por la religiosa.

Al fin, dentro de pocos días, veremos á ese Sér misterioso, poético y augusto entre todos los de la tierra; á esa reunión inefable de cuanto se respeta y ama en cada edad del hombre: Sér que tiene del anciano el blanco pelo, la sagacidad reflexiva, la larga experiencia que hace de la vejez símbolo de la historia; de la virgen, la castidad y pureza columbinas; del niño, la debilidad sacrosanta y la palabra intuitiva, profética é infalible. Para ese Sér, desde hace largos meses, hermosas y aristocráticas manos recaman sobre raso, muselina y terciopelo, con oro, aljófares y sedas, ornatos dignos del fastuoso Oriente; incrustan y cincelan los orífices el cáliz cuajado de brillantes que han de elevar sus puras manos en el sacrificio incruento; allá en las regiones tropicales, las emperatrices hacen tejer inmensas alfombras, fabricadas con pluma de la tornasolada garganta del pica-flor—alfombras propias de la cámara nupcial de un hada, y que sólo han de hollar los pies del Anciano,—y envían las reinas y las princesas broches de pedrería, con que adornará su pecho lo mismo que una des-

posada en el día de las bodas. Á las plantas de ese Sér van á arrodillarse (confirmando la catolicidad de una religión esencialmente humana, la gran religión poética, la eterna inspiradora) gentes de toda nación; hacia ese Sér se alza aclamación inmensa en todas las lenguas del mundo, y le llaman Padre todas las razas; y cuando extiende la diestra y abre los labios para bendecir, su voz resuena en todos los ámbitos del orbe.

Salgamos, pues, con el corazón satisfecho, la mente excitada y la alegría propia de nuestra fe en el rostro; éste es un hermoso día. Vamos á Italia y á Roma, á la cuna del mundo latino y al centro de nuestra vida espiritual. Yo siento esa palpitación de júbilo y esperanza que se experimenta al poner el pie en el puente de la nave cuando el viento favorable hincha las velas y el blando oleaje acaricia la proa con amoroso arrullo.

El domingo, pocas horas antes de que vean la luz estos renglones, partiremos en el expreso de Francia, no sin haber elevado al cielo nuestras preces, bajo la dirección del venerable obispo de Madrid-Alcalá. La ceremonia se ha verificado hoy en

Santa María, á las ocho de la mañana: gran gentío llenaba la nave; más de doscientas personas recibieron la comunión; el canto eucarístico no ha cesado de resonar por espacio de media hora larga; y á la salida, el obispo se vió rodeado de una multitud cariñosa, que le besaba el anillo, lo empujaba, lo mareaba á fuerza de demostrativo afecto, y repetía entre alegres exclamaciones:

¡Á Roma!

LA ROMERÍA EN SILUETAS.

PAU 20 DE DICIEMBRE DE 1887.

Quisiera tener la habilidad del famoso dibujante ruso que firma con el pseudónimo de *Lápiz* y ha sabido expresar con siluetas la grandeza de la epopeya napoleónica, para sorprender al vuelo, en todo su interés y animación, las variadas fisonomías de romeros que me acompañan en el tren, en mi mismo departamento algunos.

Lo que, según entiendo, presta singular encanto á la expedición que realizo, es que hay en ella una idea informante, y esta idea, no ya por ser la que rige mi entendimiento y llena mi corazón, sino por ser idea tan sólo, bastaría para desterrar la prosa y la insufrible indiferencia de esos viajes al moderno uso, donde cada viajero parece que sólo se ocupa en estudiar el mejor modo de aislarse y meterse en la concha y donde no se oyen sino frases sacramentales

y trivialísimas referentes al equipaje, las horas de llegada, la temperatura, el camino. Los romeros no somos únicamente trescientas personas que se trasladan de un punto á otro: somos un pedazo del pensamiento nacional que anda, y este movimiento y este roce determinan un calor, una energía moral, á cuyo impulso los caracteres típicos adquieren su realce todo y el hombre interior se revela bajo la capa, el gabán, la sotana, las episcopales vestiduras.

Ignoro si en los otros departamentos sucederá lo que en el mío: éste es un microcosmos donde sin gran esfuerzo veo representados muchos y muy distintos aspectos del espíritu católico. En rápidas siluetas presentaré alguno, á fin de indicar todo el partido que un novelista que calase hondo podría sacar de este curioso espectáculo.

La primer silueta es la de un caballero aragonés, de estatura prócer, apersonado, membrudo, grave, de rostro donde está escrita la honradez y de facciones un tanto severas, que revelan invencible propensión á tomar absolutamente en serio cosas, personas, principios y palabras. Parece este hombre un murallón, pero murallón herói-

co, de esos en que la marea invasora á principios del siglo se rompió furiosa y vencida. Militar, retiróse del servicio cansado —dice él—de tanta farsa; cristiano, habla de los deberes para con Dios, empleando un estilo austero y algo trágico; devoto, hace cada año á la Pilarica—á quien ama con delirio—obsequios de orquesta para su función, de doseles bordados; viajero, acepta todas las molestias con estoicismo; pero el solo anuncio de una informalidad le pone fuera de sí.

A fin de que esta primer silueta resalte mejor, debo colocar en el lugar segundo la de un presbítero andaluz, de pocos años y sazonado humor, cuya cetrina y truhanesca fisonomía pide á voces la monterilla del torero, la gorra de seda del chulo ó el clásico tricornio del escolar de las salmantinas aulas. La mocedad, la alegría y chuscada meridionales le rebosan por cima del alzacuello; habla de una visita á Lourdes con la misma gracia y desgarro que si se trata-se de ir á echarse unas cañitas de manzanilla con media docena de amigos barbianes. No se entienda por lo dicho que incurre en irreverencia alguna: pretendo expresar que á este padre lo han hecho de tal modo la

naturaleza y el medio ambiente (ó *ambiente*, como opina Castelar que se debe escribir), que cuando pronuncie un *Ite misa est*, sonará ¡*Olé tu mare!* ó cosa por el estilo.

Creo la tercer silueta no menos característica. Militar como el primero, y de los que ni se pronuncian ni vuelven la espalda al enemigo; poeta elegante y brioso; sevillano, de fantasía caldeada y entusiasta corazón, dejó un día sus banderas y rompió su espada por no caer en perjurio prometiendo fidelidad al rey extranjero, hijo de Víctor Manuel y enemigo de Pío IX; y libre ya, fué á engrosar las filas de D. Carlos, á quien sirvió de cronista y á cuyo lado combatió, sufriendo el influjo y cediendo al atractivo del simpático carácter y clara inteligencia del Pretendiente, y adorándole.

Hay que oírle recitar aquellos trozos de su *Romancero carlista*, muy bien versificado por cierto, donde describe la arrogante y épica figura de D. Carlos rigiendo fogoso corcel, con la guerrera, el escapulario del sangriento corazón de Jesús, las arrugadas botas de montar y la airosa boina con borla encarnada. Cuando allá á lo lejos veíamos azulear los picos de la sierra del Gor-

bea, y otros muchos, testigos de tanto mortífero encuentro, de tanta carnicería, de tanto derramamiento de sangre, la voz del romero, que conmovido y con los ojos llenos de lágrimas, nos decía versos de los que huelen á pólvora y chamusquina, parecía evocar el espectro de la guerra civil, la visión poética y terrible que desde más de medio siglo acá flota, como rojiza niebla, sobre las montañas de la patria española. Cada paisaje tiene su nota especial: en las landas de Bretaña suena bien la cornamusa; en las tierras altas de Escocia, el salvaje *pibroch*; bajo los castaños de mi provincia, el tamboril y la gaita; aquí, al atravesar el país euskaro, el romancero carlista tiene extraño y melancólico sabor, como lo tenía el himno de San Ignacio con que nos saludaron al pasar los seminaristas de Vitoria. Esto de la guerra civil es un canto de la epopeya eterna de España; es una fibra elástica y sensible de nuestro cuerpo; es el latido de nuestro valor indisciplinado é impaciente, de nuestra anárquica afición á lo que en ningún país tiene nombre tan expresivo como aquí: *echarse al campo*. Y fué también, en los años de la revolución, el grito de nuestra conciencia herida, la for-

ma de nuestra protesta contra irreflexivos é insensatos ensayos *in anima vili*... que más vale no recordar; porque todo lo que voy diciendo no es sino reflejo de una emoción estética, y no se me ocurre, bien lo sabe el Dios de paz, echar de menos la lucha fratricida, la matanza y el incendio de este lindo caserío blanco que se destaca tan gentilmente sobre el verdor del valle.

La silueta cuarta la trazaré de paso y con respeto: es la de un obispo, y además la de un sabio, un polemista insigne, acaso el que con superior templanza, claridad y copia de buenas razones combatió cierto famoso libro de Draper, al cual, en mi concepto, se hizo más caso del que merece, pues es obra escrita á la ligera, sin fundamento ni vigor crítico, y por consiguiente, sin acción excesivamente peligrosa. Volviendo á su ilustrísima, diré que es la más afable, viva, activa y discreta persona que cabe imaginar, y que su compañía nos dejó memoria muy grata. Escapóse á Lourdes, y todos estábamos de concierto para acompañarle en la fuga; pero los romeros proponen y la empresa de ferrocarriles dispone, y con tales *obstruccionismos* tropezamos en Hendaya, que muy á pesar nuestro hu-

bimos de desertar, renunciando por ahora á la santa gruta. ¿Por qué no dar en mis siluetas el quinto lugar á otro obispo? Este no viste el ropón oscuro con vueltas carmesíes, sino el humilde sayal del Serafín humano; su rostro es una combinación de imponente dignidad, de modestia, de inteligencia y de cierto buen humor infantil, que he notado á menudo en los limpios de corazón; es alto; bajo el ala forrada de verde de su sombrero rebosan las canas prematuras y copiosas; en su dedo luce un anillo sin cerco de pedrería; habla con reposo, con propiedad y frase selecta, pero sin retóricas *pulpitables*; tiene momentos de verdadera unción, y es de los que predicán con el aspecto, sin que por eso alardee de desaliño ni de penitente y huraña aspereza. —Y no digo más, que al prelado bueno, como á la mujer honesta, se alaba bien callando. —Á título de artista me ha de ser permitido observar que el grupo de los obispos—con los matices serios y ricos de sus ropones y mucetas, el calabrote verde y oro de sus sombreros, las blancas y bien cuidadas manos donde resplandece la amatista rodeada de brillantes,—es una nota de color intenso y jugoso, que nos hace pre-

sentir alguna de las bellezas de la Roma pontifical.

Siluetas muy curiosas se me quedan sin perfilar: la del romero inexperto é incauto, el honrado vecino de Madrid que nunca viajó más lejos que á Getafe, y pasa la novatada olvidándose—poca cosa—de recoger su billete, teniendo que quedarse en el Escorial, con un frío próximo á cero grados, en espera de otro tren; la del romero precavido, que se trae su tableta de chocolate, su maquinilla y su alcohol para no carecer de desayuno... La tal maquinilla, que nos divirtió durante hora y media, es, ó era mejor dicho, una especie de artificio de Juanelo, en el cual entraban más de cuarenta piezas diferentes entre platillos, jícarras, asas de quitaipón, rabos idem, recipiente, lamparilla, chocolatera, molinillo, filtro, coberteras y no sé cuántos otros embelecocos. Para hacer en tan complicado artilugio tres jícarras de un brebaje muy raro colaboramos todos los que ocupábamos el departamento (menos el señor obispo de Salamanca, claro está), y así que apuramos el bebestiajo aquel, el romero precavido limpió cuidadosamente la máquina dichosa, y después de muy fregada y enjuta... la

tiró con garbo por la ventanilla del tren. De modo que las tres jícaras de pócima le habrán costado al previsor romero treinta reales cada una. ¿Ya parece bonito precio para un sorbo de chocolate? Pues falta por ajustar lo más gordo de la cuenta, el costo de la leche. Al pasar la víspera por Ávila, ocurriósele al romero poeta comprar dos *botijo e le...* de los que allí pregonan, y con la prisa, en vez de una peseta que le reclamaban, dió una moneda de cinco duros. Con esa leche se hizo el brebaje.

Semejantes episodios nos entretuvieron cuanto es de presumir; mas no todo era broma. Se charló seriamente, y hubo discusiones. Por eso he dicho que nuestro departamento es un microcosmos de la vida católica: en él tienen representación desde el tomista cerrado, discípulo incondicional del Ángel de las Escuelas, hasta el místico ardiente, secuaz de Escoto y San Buena-ventura; desde el legitimista *íntegro* hasta el *mestizo* tolerante; desde el que cierra los ojos procurando la divina ceguera del carbonero, hasta el que los abre para contemplar á la luz de la metafísica los eternos problemas puestos á la razón humana. Sólo corrió media hora en que ni reímos ni

discutimos; obispo y sacerdotes abrieron sus libros de rezo y se sepultaron en las horas canónicas; los seglares repasamos el rosario en voz baja; reinó silencio profundo, no oyéndose más que la trepidación del tren en marcha y el suave gotear de la lluvia contra los vidrios empañados, y de entre la calma, el recogimiento y la conformidad repentina de nuestros espíritus, creí que se alzaba una voz, exclamando:

—En lo preciso unidad; libertad en lo dudoso; caridad en todo y siempre.

UNA SALVE.

TOULOUSE 21 DE DICIEMBRE DE 1887.

Los romeros, próximos ya al célebre santuario de Lourdes, olvidan la serie de desastres al pormenor que les aflige desde su salida de Madrid. Y cuenta que llueven espesos como granizo. Por de pronto, la confusión inextricable de los billetes, que el diablo que la entienda. Primero se nos da en Madrid, en la sacristía de una iglesia, el resguardo, que parecería letra de cambio ó parte de boda, á no llevar el sello episcopal. Enseñando este resguardo, entregan en la estación de Madrid un billete común y corriente hasta Hendaya, ida y vuelta; y aquí empiezan las dificultades para el romero distraído que, fiado en el papelito, dejó de recoger el billete. Alguno se ha visto obligado á bajarse del tren. En Hendaya, nueva forma de documentación. Después de dos horas de inútiles pesqui-

sas para averiguar cuándo nos facilitarían el billete, nos pasan lista llamándonos por nuestros nombres, y nos entregan una tira de papel color rosa, que es la ida y vuelta hasta la ciudad impropriamente llamada de las Siete Colinas (nueve tiene lo menos). Y ya poseemos tres documentos que hay que conservarlos todos como oro en paño: el resguardo, la mitad del cartoncito hasta la frontera y el papel rosa (sin contar el talón del equipaje). Si alguno se extravía, conflicto: mucho cuidado, pues, y sepultemos los papelitos y cartones en el seno más hondo de la cartera.

Reiteradas complicaciones al tratarse de los romeros que se han corrido á Lourdes aprovechando la detención en Bayona. No se les permite subir al tren, pero les dan la grata nueva de que perderán su billete enterito. A los que no llevan billete de romeros no se les consiente agregarse, y allá se ha quedado en Bayona Ortega Munilla, en compañía de un lío de mantas y sin saber cuándo ni cómo nos alcanzará. Con ser tantos los inconvenientes del tren de romeros y tan visible la poca complacencia de la empresa (aparte de la ilógica distribución del itinerario, y ciertas artimañas, co-

mo la detención de diez horas en Henda-
ya, que le valió á la compañía un ingreso
de mil francos, pues toda la romería se im-
pacientó y tomó billete directo en el pri-
mer convoy que vimos salir para Bayona),
todavía puso más á prueba la paciencia de
los romeros el ayuno al traspaso del día de
la fecha, sin ser Cuaresma, ni cuaresmilla,
ni témporas, ni vigilia de festividad algu-
na que al ayuno obligue. No se había avi-
sado á la fonda de Pau, y sólo los veinte ó
treinta romeros más listos pudieron comer
un bocado atragantándose. Los demás re-
gresamos al departamento dispuestos á ha-
cernos una cruz sobre el estómago.

Yo no suelo llevar provisiones cuando
viajo, á no ser pastillas de chocolate, na-
ranjas ó cosa tal, pues me repugna el olor
á fiambre, los papelitos engrasados, las
migas de pan y las tripas del embutido.
Afortunadamente mis compañeros de de-
partamento habían sido más previsores que
yo, y en dos minutos, como por ensalmo,
aparecieron allí lenguas curadas, queso,
mortadela, Jerez, pan, todo ofrecido con la
cordialidad, la expansión y la simpática
franqueza española. Preciso es, por mucho
que me ruborice, confesar que en la fonda,

al ver que no podía almorzar, ni comprar provisiones, ni me hacían caso, me acordé de aquello de que en campaña el que apaña apaña, y me guardé en el bolsillo dos ó tres manzanas infernales, verdes y duras como un tronco; cierto que para tranquilidad de mi conciencia pagamos luego en una cantidad inverosímil un poco de salchichón, y si no dí por cada manzana una peseta, fué que ni me oían, ni me querían cobrar, ni allí se entendía nadie. En suma, almorzamos frugalmente sobre el regazo, pero en excelente armonía y riéndonos de tanta peripecia, pues los españoles somos sobrios y sencillos, y en teniendo contento el espíritu no hay contratiempo material que nos espante el buen humor.

Además, el tiempo nos favorece, el cielo se ha despejado y el lindísimo país que vemos por las ventanillas nos embelesa. Las cimas de los montes se nos aparecen á lo lejos nacaradas por el sol y vestidas de nieve tan inmaculada como la Virgen, cuya proximidad parece anunciarnos la creciente poesía y majestuosa hermosura de la naturaleza. Las nevadas cumbres son corona de la Concepción purísima; los laureles rosa, y las hiedras que adornan estos muros calci-

nados, estas graciosas aldeillas meridionales descritas por Alfonso Daudet, se tienden como ramillete balsámico á los pies de la Mujer sin tacha. Nos acercamos á Lourdes y nos colocamos unos de rodillas y otros en pie ante las ventanas para gozar todos del panorama espléndido que aún nos ocultan las abruptas gargantas, los austeros picos. De repente, sobre un anfiteatro de montañas, con la nieve detrás, escénicamente dispuesto como la decoración de una comedia de magia, aparece el Santuario, y de cada departamento brota una aclamación delirante: ¡Viva la Virgen!

No creo que pueda imaginarse cosa más teatral y sorprendente que este espectáculo. Á la derecha el convento de monjas donde profesó Bernardeta Soubirous, la pastora á quien se apareció la Virgen; luego la soberbia basílica, y al pie de la escalinata, la gruta iluminada por infinitas luces, que desde lejos producen efecto misterioso, como si el seno de la montaña se abrasase todo en incendios de amor. Pintoresca aglomeración de casas, de hospederías, de arcos, de puentecillos, de senderos, de árboles, recuerda la forma de los nacimientos y hace del todo fantástico el aspecto del lugar milagroso.

De algunos departamentos brota el cántico del *Ave maris stella*; en el nuestro también cantamos, pero la Salve, la bella creación de mi paisano Pedro Mosoncio, y en español, porque en latín nos hubiera sonado mal entonces. El tren, no sé si por dejarnos gozar de la vista admirable, ó porque casualmente retrasase su marcha, iba lento y como respetuoso; nosotros cantábamos y agitábamos los pañuelos, respondiendo á otros que desde la gruta nos saludaban cariñosamente. Un pálido rayo de sol, después de jugar con la nevada diadema de la Virgen, acariciaba la falda del monte, y caía prosternado al pie de la basílica...

En la estación de Lourdes vimos que la gente corría, llevando ceñidos al cuerpo esos rosarios colosales de cuentas de madera labrada, que aquí se fabrican y venden: algunos tienen los dieces como una cebolla medianamente gruesa. Otros romeros atesoraban frasquitos del agua milagrosa, y dos levantaban al cielo las manos porque se quedaban allí, acusados de infracción al reglamento draconiano de la empresa, que se ha propuesto que el viaje sea lo más desagradable posible, y no se aprovechen en cosa alguna las infinitas paradas que vamos

haciendo. Esta noche nos tienen en Toulouse de plantón cinco horas, sin que podamos aprovecharlas ni en dormir ni en ver la histórica ciudad albigense; y mientras no llega el tren donde hemos de proseguir nuestra ruta hasta Cette, me siento á una mesa de mármol, en el comedor de la estación, y entre el bureo, las idas y venidas, la conversación de los romeros, rodeada de señores sacerdotes, deanes, magistrales y párrocos que se interesan mucho por el buen resultado de mi garrapateo y por la pronta terminación de estas cuartillas, con Paco Sánchez de Castro que lee por encima de mi hombro lo que escribo, trazo estos renglones, que le tocaban á Ortega Munilla, y que saldrán como Dios quiera, nunca peor de lo que sale, en cuanto á comodidad y buen avío, esta romería, por otros estilos tan interesante, típica y animada.

VIAJE DE RECREO... ESPIRITUAL.

VENTIMIGLIA 22 DE DICIEMBRE DE 1887.

Desde Toulouse, los romeros vamos de sorpresa en sorpresa, y todas desagradables, si bien nos ayuda á llevarlas con paciencia el objeto piadoso del viaje y el sufrido y jovial carácter español. Protestamos, rabiamos tres minutos, y en seguida el contratiempo y la tempestad se resuelven en una lluvia de chistes, iniciada siempre por el elemento andaluz, que es el más numeroso.

En Cette estuvimos á punto de amotinarnos viendo que, dividida la peregrinación en tres grupos, el primero se marchaba y los otros dos nos quedábamos sentenciados á una parada inútil de algunas horas. Mas como á la fuerza ahorcan y el mal no tenía remedio, optamos por bajar al puertecito, y á poco, la radiante belleza del día, la gracia de aquel canal donde reposa-

ban fondeados vapores y pontones, la tranquilidad del lindo pueblo marítimo, calmaron nuestros nervios, tirantes ya de tanta vigilia y de tanta molestia.

Un buen almuerzo en el Gran Hotel contribuyó á restablecernos, y nos paseamos tranquilamente por Cette, lo mismo que si nouviésemos prisa alguna y pudiésemos dedicarnos á pasar la vida viendo subir y bajar los cubos de la draga, sobre los cuales, á los rayos del sol, el agua escurría en plateados regueros.

No sabiendo si optar por el segundo ó por el tercer grupo, la marquesa de Salinas y yo decidimos no apartarnos de los dos prelados que se habían quedado en Cette, y fuimos á perturbar el final del almuerzo del señor obispo de Madrid-Alcalá, declarándole nuestra intención de pegarnos á él como al papel la oblea. El obispo, que es la bondad personificada, tomó á bien la interrupción, y mientras nos regalaba bizcochos, Burdeos y dulces, convino en que saldríamos juntos en el grupo de las dos de la tarde. Cuando fiados en este convenio bajamos á la estación, sorpresa: habían formado una lista de viajeros sin consultar á nadie, y nos encontramos sentenciados á

grupo tercero: total, cinco ó seis horas más en Cette. Y hétenos en la sala de espera, arrimaditos á la chimenea de carbón, cayéndonos de sueño y comentando, sin embargo, entre risa y chungu las desventuras del viaje, y las tiránicas imposiciones de la feroz empresa, y la blandura inverosímil de los señores organizadores de la romería, que sin duda se han propuesto coadyuvar á que los romeros ganen en el presente viaje, no sólo indulgencia plenaria, sino la gloria. Algunos incidentes cómicos ayudaban á distraer nuestro aburrimiento: una inglesa—la inevitable inglesa de todos los trenes, con su sombrero budinera de paja, su cabás negro y su chal á cuadros—que se empeñaba en salir á pasear fuera, asegurando que tenía mucho calor (es de advertir que en el andén se helaban las palabras), y un honrado tratante en vinos, á quien sospechosas apariencias nos impulsaron á tomar por el ladrón del reloj de un romero (al cual se lo limpiaron bonitamente en el momento de confusión en que se dividió en grupos la romería). Las precauciones que adoptamos contra el supuesto rata; la escama con que lo mirábamos; la consigna que nos dimos para estar ojo alerta, nos hicieron felices

cuando llegamos á averiguar su verdadera é inofensiva profesión. Y así que obscureció y sólo nos alumbró vagamente el rojo reflejo de la chimenea, medio adormecidos por el grato calorcillo, salmodiamos el rosario.

Las cinco de la madrugada serían cuando pisamos el suelo de la ciudad revolucionaria, Marsella la roja, la del alado himno de la frontera, la del puerto levantino. La cama me pareció un oasis, y el almuerzo en el comedor del hotel de Castilla, vasto jardín de invierno donde revolotean, pían y cantan libres y sueltas más de cuarenta canoras aves, ruiseñores, jilgueros, canarios, verderones, pechirrojos, fué delicioso paréntesis después de la fatiga y el enervamiento de tanta noche en vagón y tanta comida en los fríos y vulgares *buffets* de las estaciones, con la campana y el silbato del tren siempre encima. Es la primera vez que veo esta encantadora novedad de las aves sueltas en un comedor, y no cabe nada más lindo.

La consigna era salir á la una, y no había tiempo para subir al santuario de Nôtre Dame de Garde. Lo hicieron algunos sacerdotes, pero fué quitándoselo al sueño, heroísmo del cual soy incapaz en absoluto.

Nos dimos á pasear por el puerto, deteniéndonos ante las tiendas de conchas raras, que con el tornasol de sus colores y el nácar fino de sus volutas despertaban la idea de navegaciones hacia país remoto, de largos viajes trasatlánticos. Una sombrerera donde se vendían gorros frigios y boinas nos sugirió luminosa idea. Tres días de viaje llevábamos ya, con todos los asientos del vagón ocupados, prensaditos como sardinas en banasta. Se nos ocurrió al *cobla-karí* del romancero carlista y á mí que un par de boinas del aspecto más sedicioso posible, puestas con cierto desgaire del todo subversivo, alejarían de nuestro departamento á los timoratos, á los mestizos, que en esta romería abundan, y nos permitirían ir con algún desahogo. Mi dicho, mi hecho. Adquirimos dos *chapelgorris*, y al ver la gente aquel par de setas coloradas, nuestro departamento se quedó medio vacío, pues casi nadie se quiso exponer al balazo que infaliblemente nos dispararía el primer italianísimo que pasase cerca.

Desde Marsella el camino es una hermosura. Millares de pálidos olivos salpican la bien cultivada campiña; á nuestra derecha la azul extensión del Mediterráneo se

duerme con gemido acariciador en brazos de las curvas ensenadas que festonean la costa. Cabos atrevidos guarnecen, como adorno de obscuro terciopelo, aquella faldamenta celeste sobre la cual flota un encaje de espuma. Ya el paisaje y el mar y el cielo murmuran á nuestro oído la palabra mágica, el cántico latino... ¡Italia! ¡Italia!

La noche nos descubre la fantástica iluminación y la elegancia coquetona de Niza, Mónaco y Monte-Carlo, bien como de una mujer que sale de un baile se adivina entre la penumbra el rico tocado, el aderezo de pedrería, las bellas formas arrebujaadas en el abrigo. En Monte-Carlo nos asomamos á la ventanilla, y divisamos en el andén un hormigueo de prójimas hechas todas un brazo de mar, con abrigos de felpa rubí adornados de pieles de chinchilla y zorro azul, ó con faldas de seda bordadas de azabache multicolor y capotitas de estas de quilla de buque que ahora se estilan. Aquí la gente tiene toda unas trazas adineradas, elegantonas y británicas, que el viajero se queda absorto y avergonzadísimo al contemplarse cómo va después de cuatro días de caminata y mil peripecias de esas que abollan los sombreros, descosen y chafan

la ropa, despellejan los guantes y desfloran el calzado.

A los pocos momentos nos suelta el tren en Ventimiglia con la grata perspectiva de aguardar desde las doce á las tres y media de la noche para continuar hacia Roma, y el pánico del registro. A mí no me molestan nada; me hacen la señalcita con tiza sobre las maletas, y me despiden. En cambio, á los clérigos les cazan en los bolsillos el tabaco con encarnizamiento feroz, y á uno, por una libra de picadura que juzgaron contrabando, acaban de obligarle á pagar la friolera de setenta y cinco liras (en castellano pesetas).

Yo no quisiera escribir vulgaridades ni hacer aspavientos con la pluma; pero aseguro con entera sinceridad que noto un espíritu hostil á los romeros, á los ordenados especialmente, y un sistema de alfilerazos y vejámenes que no dice mucho en favor de la tolerancia de estos países que atravesamos. Lo percibo sobre todo en la empresa ferroviaria de *Paris-Lyon-Méditerranée*. Hay menudencias que no son nada y significan mucho. Parecerá increíble lo que voy á añadir; es harto cómico, pero ha sucedido: en Tarbes, un empleado de la línea re-

corrió todos los vagones preguntando si un obispo se había llevado del ambigú una taza de las del café. No decía *un romero*, sino *un obispo*, y ningún obispo se había bajado. La broma, aunque del gusto más cursi, logró divertir á los obispos, y el de Madrid-Alcalá, con su angélica *bonhomie*, se reía sacudiendo el ropón, á ver si andaba por allí escondida la taza famosa. ¿Cómo explicar sino admitiendo que hay deliberado propósito de mortificarnos, el hecho de que ni una sola vez se haya detenido un tren de peregrinos el tiempo señalado para comer, y que donde se anuncian, verbigracia, veinte minutos, se nos hayan dado únicamente seis ú ocho? ¿Cómo disculpar la falta de cumplimiento del contrato, pues habiéndose pactado que nos dividirían á lo sumo en dos grupos, nos han repartido en tres y nos llevan arrastra, deteniéndonos donde más nos perjudique, á las peores horas y en las condiciones más fatales?

En este momento se me acerca el señor Sánchez Barrios, encargado por el obispo de Madrid de cubrir la retaguardia y amparar al grupo tercero; le pregunto si sabe sobre qué bases se ha realizado el convenio con esta empresa, y me responde que no

sabe cosa alguna. Pues yo tampoco, y me parece oportuna la ocasión de extractar aquí algunos párrafos de un libro en que se refiere la primera romería, *De Cádiz á Roma*, de León y Domínguez. No han perdido actualidad; están completamente de moda. «Los bañistas y turistas»—dice—«pueden pasar y repasar el Pirineo siempre que se les antoja; pueden bajar á San Sebastián, pueden subir á Biarritz y á San Juan de Luz y con sus billetes de verano tener derecho á una playa; y si se presentan doscientos ó trescientos ó más en la estación un día dado, se ponen ó se piden coches suficientes; pero ¿se trata de peregrinos? Ya eso es otra cosa. Son el *anima vili* de los caminos de hierro. Lo mismo debo decir del cinismo, que otro nombre no merece, de empresas que en todo un trayecto de veinticuatro horas sólo dan de máximum *diez minutos* de parada. La indignidad no puede llevarse á más extremo. Iban personas ancianas, prelados respetables, delicadas jóvenes, ¿qué importa? Si no prueban alimento en todo el día, que lo sufran por Dios. Debe pactarse *por escrito* y no *de palabra*, haciendo que las condiciones vayan impresas en los mismos billetes; enhorabuena entonces anúnciense y admítan-

se trenes con rebaja de precio.» He aquí que después de once años la junta que organizó esta romería cae en los mismos errores ó peores todavía que los de la primera, y pacta sin duda en el aire, fiándose en la promesa de estos furibundos paganos que desde cuatro días acá nos zarandean y tratan peor que á negros del Congo.

Doy fe de que á mí, por mí, casi no me pesa de ello. Los observadores somos como los médicos: decimos *¡qué hermosa enfermedad! ¡qué caso tan bonito!* Yo me distraigo y tomo notas y me río, claro está, cuando le oigo decir al señor cura multado que toda la noche se la pasó soñando que le mataban los carabineros después de tostarle en unas parrillas. Pero si tocan á declarar cómo anda esto, juro y perjuro que anda remalísimamente, y que el que hizo esta tortilla no sabe dónde tiene la mano con que se baten las yemas. La romería, en su parte material, es un desbarajuste, y como advertía con chiste cierta señorita anoche, no se necesita que nos lleven á Liorna, que para Liorna basta con la que traemos.

LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

ROMA 24 DE DICIEMBRE DE 1887.

Al fin, tras cinco días y seis noches de rodar por trenes, estaciones, ómnibus y fondas, la Ciudad Eterna se nos aparece soñolienta y entristecida, á la luz de un amanecer de los más desapacibles y foscos que he visto. Espesos nubarrones cenicientos encapotan el celaje, y sólo una línea de dorada luz, allá á lo lejos, sonríe á la campiña romana.

Este tiempo detestable lo traemos desde la misma frontera, y lo agrava un frío cruelísimo, increíble, que por contraste hace resaltar la feliz temperatura de que en Provenza y Marsella disfrutábamos. En Génova, donde nos hicieron detenernos ocho ó nueve horas, se nos helaba hasta la respiración. Nada riñe tanto con la idea de molicie y suavidad que la gente concibe al pensar en Italia, como esa Génova, llena

por el nombre casi español, y esencialmente latino, de *Cristoforo Colombo*. Rodeada de un anfiteatro de montañas que la nieve no sólo corona, sino reviste por completo descendiendo hasta la ladera en que se agrupan las primeras casas de la ciudad; ostentando orgullosa sus edificios y sus monumentos de mármol, Génova tiene la severidad de los grandes monasterios: es suntuosa y helada. Quizás me lo haya parecido doblemente en razón del frío que, según dejo indicado, rayaba en glacial. Lo sentimos más que nunca al visitar el magnífico cementerio, vasto rectángulo en cuyas galerías vive un pueblo de estatuas: las de los genoveses opulentos que se permiten el lujo de que un escultor labre su busto ó su efigie entera al pie del nicho ó urna donde reposan las cenizas del hermano, el padre, el esposo ó el hijo amado. Porque es de notar que en vez de la estatua del difunto, suele ponerse en los mausoleos genoveses la del pariente que los costea. De tamaño natural, esculpidas en mármol blanco y puro, con riqueza de detalles y con minuciosidad realista, vistiendo el traje moderno, estas efigies, con el frío que corre, parecen genoveses y genovesas de leche garapiñada; además tienen

el defecto de toda escultura nueva: semejan de alcorza. Sin embargo, no se puede negar que el arte de labrar el mármol está aquí á prodigiosa altura—en cuanto al procedimiento, á la habilidad de la ejecución, no digo otra cosa,—y que el cementerio pregonna la riqueza y aficiones artísticas de este antiguo emporio del comercio italiano.

Acaso sentíamos el frío de un modo tan intenso por la desazón y la falta de sueño que nos imponía nuestro extraordinario modo de viajar. Yo me quedaba dormida en el rincón del coche, camino del Campo Santo; me dormía viendo los esplendores de la Nunziata y de San Lorenzo; y al ir por las calles creo que si me empujan me caigo y no me levanto de dormir en diez horas. Cuando bajamos á la estación para tomar el tren en que habíamos de concluir el viaje, averiguamos que en Génova estaba detenido el resto de la romería, y que los del tercer grupo debíamos tenernos por dichosos, pues los del segundo, entre ellos varios obispos, se habían visto forzados á pasar parte de la noche *en el andén*, arrostrando la temperatura polar, sentados sobre sus maletas, y después en un cafetín de mala muerte, pues hasta del andén les arrojaron.

Ya en páginas anteriores, haciéndome intérprete de la opinión general de los romeos, he desahogado y dicho todo cuanto se me ocurre sobre la organización de este viaje; pero deseo insistir en un punto que confirmarán los que me conocen y saben mi buena salud y mi facilidad en avenirme á cualquier género de privaciones ó molestias físicas: personalmente, no me importa haber venido así, y al contrario, excitó y excita mi curiosidad la gana de ver en qué parará esto, qué nos sucederá á la vuelta y qué nuevas emociones nos aguardan; creo también, según decía al despedirme de Madrid, que se debe tener el corazón ligero y no pensar tan sólo en el bienestar material, sino en el goce del espíritu, digno de los sibaritas del alma; mas no he podido mirar con sosiego á los dulces, á los amorosos, á los fuertes y sabios obispos que llevábamos en nuestra compañía, maltratados, asendereados y sujetos á todo linaje de incomodidades tontas é inútiles. Su risueña bondad, su inalterable dulzura, su cortesía exquisita, la festiva paciencia con que lo sobrellevaron, llegó en ocasiones á conmoverme. Uno de los que pasaron la noche en el andén, al manifestarle mi sentimiento, me dijo

sonriendo con benévola picardía:—Mire usted, yo pienso ahora lo que pensaba en tiempo de revolución: bueno que no nos paguen; con tal que no nos peguen...

En fin, repito, ya hemos llegado á Roma. Creo que tampoco vinimos juntos todos los romeros, sino que parte de ellos se ha quedado en Génova aguardando otro tren; y no puedo cerciorarme de si es así, porque nadie pensó, al bajarse, sino en encontrar coche y fonda. Mi primer diligencia es ir á la *Minerva* en busca de Ortega Munilla, á quien desde que le arrojaron en Bayona del tren de los romeros porque llevaba billete ordinario, no he vuelto á ver el pelo, si bien recibí dos líneas suyas con lápiz en la estación de Marsella, donde me indicaba el hotel de la *Minerva* como paradero en Roma. Contestáronme en la *Minerva* que allí no tenían ni al español por quien yo preguntaba ni un solo cuarto vacante; y entonces dí con mi cuerpo en el *Hotel de la Posta*, frente por frente á la soberbia casa de Correos, esperando que la casualidad me depare encontrar á mi colega el elegante cronista de los *Lunes*.

Siempre que se llega molido y rendido de un viaje á una ciudad que deseamos mucho

conocer, nos figuramos que lo más urgente será meterse en la cama y cobrarse del sueño atrasado y del descanso preciso. Jamás se ejecuta esta resolución. El agua, el jabón, el baño, la ropa limpia, bastan para que se quite el malestar y se encuentre uno dispuesto á echarse á la calle inmediatamente. Yo lo hice así, y desde la embajada de España pasé á visitar algo sumamente curioso, la Exposición de los regalos hechos á León XIII con motivo de su Jubileo sacerdotal por los católicos de todo el orbe. Creo que esta Exposición no se abrirá al público hasta entrado el próximo año; al menos los trabajos de instalación están bastante atrasados, y falta por colocar la mayor parte de los presentes. El local de la Exposición es en el Vaticano, en el patio llamado de la Piña, á causa de una inmensa de bronce que se destaca en el centro. Desde las ventanas de la sección española se dominan los jardines del Vaticano, y se ve en frente, limitando el horizonte, la cúpula colosal de San Pedro.

En la sección española—lo que primero hemos visto—encontré á la señora de Palmaroli y la señorita de Rosales—nombres caros á los que aman el arte pictórico—

atareadísimas desempaquetando, desempolvando, colocando objetos. Ocupa el lugar preferente la magnífica alfombra tejida en la Fábrica de Tapices de Madrid, y regalada por el Sr. Cubas: tiene en el centro la tiara y las armas de León XIII. Alrededor, en escaparates y cristalerías, van apiñándose las recamadas casullas, los bordados ornatos, los finos encajes, los damascos y sedas, los vasos sagrados de plata, oro y pedrería, los cojines de terciopelo, las estatuas (entre ellas hay un precioso San Juan de Dios, de Vallmitjana), las cruces y los cuadros. Con éstos he oído decir que se formará grupo aparte, y no se colocarán como los demás objetos, distribuidos por provincias, sino juntos, distinción que bien merece la rama de las bellas artes más floreciente hoy en mi patria.

Respecto á la instalación española he oído un rasgo de graciosa fanfarronería del embajador cerca de la Santa Sede, señor Groizard. Cansado de preguntar inútilmente cuánto terreno pediría para nuestro país, al fin se decidió y dijo á su secretario:—Vaya usted, entérese del terreno que haya perdido Francia, y pida usted para España lo mismo y dos varas más.—Otro donoso in-

cidente es el que se produjo entre franceses y alemanes. Como las instalaciones siguen orden alfabético, Germania se ha encontrado al lado de Francia; y habiéndose suscitado la cuestión de á quién correspondía el donativo de Alsacia y Lorena, se ha resuelto con el criterio conciliador de la Santa Sede, colocando el envío de lorenenses y alsacianos entre las dos naciones, para que allá se las compongan como puedan.

Descuella entre las naciones Alemania por la riqueza y el gusto severo de sus magníficos ornatos, é Italia por una delicadeza especial, una filial ternura para el Papa, que le hace preferir los objetos más á propósito para que León XIII los use y tenga, adivinando la coquetería pontificia y adelantándose á ella amorosamente. Génova, por ejemplo, ofrece un reclinatorio que es cifra y compendio del esplendor y el lujo artístico; de ébano, de bronce, de plata repujada, incrustado de oro; con cifras y corona de brillantes, y tal riqueza en relieves, medallones, esculturas, tal elegancia en el diseño, que no pienso haber visto jamás mueble tan regio ni tan bonito. También es de oro con pedrerías una reducción de la Chiesa de San Antonio en Padua, con sus

siete cúpulas y las agujas de sus tres minaretes. Mas por hoy no cabe formarse idea de la Exposición, envuelta en tanto cajón y tanto fardo como rueda por allí y en medio del desorden del trabajo emprendido. Dentro de pocos días habrá cambiado de aspecto y se apreciará debidamente ese conjunto de preciosidades.

Viajando apenas sabe uno en qué día vive. Nos habían anunciado en el famoso cuanto embustero Itinerario que nos repartieron en Madrid que llegaríamos el 23 á Roma; y poseída de esta idea, me sorprendí al volver á casa y mirar el calendario y encontrarme en la fecha del 24 de diciembre. ¡Noche-Buena!

A estas horas, en el antiguo caserón solariego de Marineda, encenderán la lámpara del comedor, y su luz, al animar las sombrías figuras de los tapices y los graciosos figurones de *casacón* pintados en los recuadros, al arrancar destellos de la plata y el cristal, caerá sobre las tres hermosas cabezas de los niños: el mayor, pálido, con sus grandes ojos negros, su ovalado rostro de camafeo helénico, su boca menuda, su frente inteligentísima; la segunda, de fino perfil hebreo, seria, sentimental; la peque-

ñilla, rosada y fresca como un capullo, con sus rizos castaños y su charla ceceosa. De la cocina traerán la humeante sopa de almendra ó la compota aromática, dorada, en que flotan las rajas de canela; las flores de la Granja embalsamarán el ambiente; allá fuera rugirá el hondo Cantábrico, y en la calle las niñas pordioseras, arrecidas de frío, cantarán, acompañándose con panderos, triángulos y conchas:

Los pastores en Belén
 Todos á juntar en leña
 Para calentar al Niño
 Que nació en la Noche-Buena...

Y la chiquitilla, fresca como un capullo, se levantará gozosa y saltará pidiendo que le den perros chicos para llevárselos á las *ninas pobres*... Allá va la mitad del alma en un suspiro muy hondo; despierto y me encuentro en la *Piazza di Spagna*, el 24 de diciembre. ¿Cómo se cena aquí? ¿Se cena siquiera en esta noche clásica?

Me aseguran que en la *Trattoria delle Venezie* dan la colación de pescado, con platos nacionales, característicos, y con vinos de Italia. Allá nos dirigimos á disipar un poco esta nube interior, á olvidar que estamos

lejos y solos. Nos sirven, en efecto, *macaroni* con queso de Palermo, truchas del Tíber, anguila asada, turrón, malvasía espumante de Asti, y nos vamos á recorrer las calles de Roma, que no atruena el ruido ensordecedor, pero regocijado y tradicional, de los rabeles, las zambombas, las panderetas y chicharras.

En nada se advierte que sea Noche-Buena sino en unos cantos montañeses y melancólicos, algo parecidos á la siciliana de *Roberto el Diablo*, que salen de una especie de taberna. Por lo demás, Roma está alegre porque ya ha cesado la lluvia y brillan en el cielo las estrellas y la luz eléctrica en el *Corso*; pero es la alegría de una ciudad moderna, suntuosa, donde nadie se acuerda del Niño que tiembla de frío entre las pajas del *Presepio*... Allá habrá estado solito *Gesú bambino* la tarde toda en su urna dorada de Santa María *la Maggiore*, y allá estará en este momento sin que nadie se arrodille á adorarle sino la blanca estatua orante de Pío IX, que eleva su rostro extático hacia la santa cuna... ¡Ah, Niño, y cuánto más benigna era para tus carncitas la noche terrible de Belén, aquélla en que sólo te calentaba el aliento del buey y de la mula,

ó el vellón de oveja que en dádiva te ofrecieron los sencillos pastores!

Bajando lentamente la escalinata de la *Trinitá dei Monti*, y mirando desde el atrio la perspectiva de Roma, mi corazón se vuelve hacia España y su fiesta de Noche-Buena, tan cariñosa, tan religiosa todavía. Parece que mi pensamiento desanda lo andado y cualquiera diría que no he venido voluntariamente y que esta congoja es la del desterrado y del prisionero. ¿Me habrán recordado también los míos?

LA IGLESIA MADRE.

ROMA 26 DE DICIEMBRE DE 1887.

Hace tanto frío, de tal suerte se abren las cataratas del firmamento soltando un diluvio, que no hay modo de recorrer las calles de Roma á caza de notitas de esas que graban en la imaginación la fisonomía de una ciudad mejor aún que sus monumentos célebres. Ayer, con la hermosa mañana de Natividad que nos sonreía, pudimos encontrar detrás de cada esquina *ciocciaras* y *contadinos*, y ver en las gradas de *Santa Trinitá dei Monti* el pintoresco grupo de los modelos que se sitúan allí en espera de pintor que los alquile; y diez pasos más adelante, en el marco de una puerta, se nos apareció, como luminosa visión de la edad clásica, un mancebo aldeano que tenía exactamente los correctísimos lineamentos, los graciosos bucles y el tono acaramelado de un busto antiguo de Antinoo. Pero cuando

el cielo se derrite en agua ó el Norte, ó *tramontana*, como aquí dicen, corta lo mismo que navaja de afeitar, no da de sí la calle más que charcos, botas llenas de barro, paraguas que chorrean y coches que llevan la capota echada. Nos refugiamos en San Juan de Letrán con la intuición de que íbamos á pasar una tarde agradabilísima. Y así fué.

La iglesia española, con su nave obscura, en cuyas baldosas escupen sin reparo los fieles; con su ambiente húmedo, y no siempre perfumado de incienso; con sus duros y angostos bancos, sus capillas lóbregas, en que tiembla la luz de la lámpara mal des-pabilada y se entreoye el rezo angustioso de las viejas devotas dominado por la tos del catarro; con sus sacristanes toscos y groseros, que blanden la caña cual si fuesen á descargársela en las espaldas á los creyentes; sus imágenes trágicas, sus Cristos pálidos y ensangrentados, sus vírgenes llorosas, de seno acribillado de puñales; con sus órganos baratos y sus voces cascadas, gangosas ó becerriles; la iglesia española — repito — es lo más opuesto que puede concebir la imaginación á los templos italianos en general, y en particular á éste, cabeza de todos los de la cristiandad, sede

del patriarcado de Roma, donde Pedro, en vez de la tiara, ciñe la mitra episcopal, y en lugar de las llaves empuña el báculo, cayado de los pastores de almas.

El templo, en su traza arquitectónica, en su ornato y disposición interior, en su carácter, refleja con exactitud la fase del catolicismo que le erige. Es un pedazo del alma humana hecha piedra; es el sentimiento religioso cuajado en estalactitas, cuya forma habla elocuentemente y canta con expresión superior á la de la estrofa del poeta. ¿Y por qué, dentro de la unidad esencial del dogma, no hemos de admitir esta riquísima variedad, esta escala cromática que va desde la sombría encrucijada de las Catacumbas hasta San Juan de Letrán revestido de oro, mosaico y mármoles, resplandeciente de luces, sonoro con la divina harmonía del órgano y la sinfonía celeste de las voces humanas más frescas, más delicadas, más argentinas que he oído nunca?

Cuando la antigüedad — que adivinó y presintió bajo el velo del símbolo y de la forma plástica todo lo que después realizaron la historia y el tiempo — quiso cifrar lo supremo de la hermosura humana en un solo sér, fundió en él los atractivos viriles

y femeniles, labrando la estatua primorosa que no he menester nombrar, y de la cual existe una reproducción, si mal no recuerdo, en el Museo del Prado. La gracia y la fuerza aunadas; la muelle línea curva repujada por la firme recta; el elemento activo sumado con el pasivo, y sobre todo, la victoria del arte logrando identificar lo que la naturaleza dividió, haciendo posible un imposible metafísico, corrigiendo la creación, integrando lo que desintegró el plan providencial, pegando las dos mitades de la naranja vuelta poma de oro, ¿no es un milagro de esos que ambiciona la fantasía cuando abre sus alas irisadas para volar á mundos más perfectos?

A Italia, la maga del arte, estaba reservado dar cuerpo al atrevido mito de la antigüedad, obteniendo las voces angelicales—sí, angelicales, porque los ángeles, según enseña la teología, no tienen sexo—llamadas á resonar bajo las bóvedas de mármol, jaspe y mosaico de oro de los templos más grandiosos que la cristiandad posee. Hay quien en nombre de la dignidad humana se subleva contra el exquisito refinamiento de los tiples. No es el asunto para profundizarse aquí, ni en estas cuestiones de belleza

conviene mucho descender á averiguar cómo y á costa de qué dolores se cristaliza el purísimo deleite del arte. No sé si fué Ernesto Renán quien escribió que ocho mil siervos de la Edad Media consagrados á levantar una maravillosa abadía gótica habían empleado mejor su vida que otros tantos obreros libres de nuestros días dedicados á tejer ridículas telas baratas de algodón. Si la teoría peca de excesivamente pagana, me retractaré; pero... volveré á San Juan de Letrán á oír las voces.

Y dirá cualquiera: ¿no sería preferible que, en vez de remedar la voz femenina, cantasen en las capillas de Roma mujeres? Prescindo de la prohibición canónica, y miro solamente la cuestión por su lado artístico. Se engaña el que piense que la de ninguna *prima donna* puede competir con la finura, el volumen y el timbre de estas maravillosas voces. El organismo de la mujer está de tal modo condicionado por el ritmo fisiológico, y el oficio á que la ha destinado el Creador influye de tal suerte en su laringe, que repercute de un modo inevitable en la voz, y apenas hay nota de garganta femenil donde no se advierta, teniendo oído sutil, algo como delgadez ó empañadura—

no sé si me explico bien, y no acierto á hacerlo mejor.—En las voces que ahora escucho, libres de la imposición tiránica de la naturaleza, hay una nitidez absoluta al par que un vigor extraño; un sonido que, repito, trae al pensamiento los himnos de los ángeles, de los ángeles serenos que flotan en el éter azul con leve vibración de sus alas blancas.

No atino cómo se podría expresar tan rara mezcla de las cualidades de ambos sexos en el canto; pero diré lo que ocurrió cuando entramos en el templo lateranense. Mis compañeros sostenían que eran mujeres las que cantaban: presté oído un momento y les dije resueltamente que no. El que haya escuchado á los tiples en iglesias ó catedrales españolas, creerá que lo conocí en cierto falsete desapacible y agrio: nada de eso; fué precisamente en el timbre más lleno, más puro, más virginal que el de ninguna voz femenina.

El esplendor de la basílica redobla la impresión de tan sublime música. San Juan de Letrán es un salón. En las naves reina una atmósfera templada, dulce, igual, la atmósfera de los grandes templos de Roma, que, como los pozos, son el lugar más tibio

en invierno y más fresco en verano; la gente discurre en grupos ó suelta, sin ese temor que inspiran las iglesias góticas, tranquila, con el alma abierta al placer del canto y á la admiración de la majestad del monumento; es una fiesta, no de los sentidos, pero del sentido artístico, en que el oído y la vista, recreándose inefablemente, puestos de acuerdo, infunden una beatitud misteriosa, algo de lo que debe ser el paraíso según le conciben los místicos de la escuela colorista, verbigracia el P. Nieremberg.

Si alzamos la vista al techo, artesonados, pinturas, labores del gran efectista sagrado Borromini; si la convertimos á las paredes, columnas de jaspes y mármoles preciosos, hornacinas ocupadas por esas enormes estatuas de actitudes melodramáticas y violentas que puso en moda el Bernino, cuadros de Giotto, sarcófagos antiguos de pórfido, y por todas partes el mármol, el jaspe, la serpentina, gastados con la prodigalidad increíble que por tradición directa han recogido los Papas de los emperadores romanos. Este es San Juan de Letrán, y en él sólo existe una cosa que mis ojos habituados al arte romántico y ojival contemplan con visos de esa piadosa melancolía que tan

á gusto saboreo en las catedrales de España: el encantador mosaico que en la bóveda del ábside brotó durante aquel siglo revelador, memorable y supremo, el XIII, bajo los dedos místicos de dos franciscanos, Fr. Jacobo de Turríta y Fr. Jacobo de Camerino. Ambos trabajaron también en la prodigiosa basílica de Asís... ¡Cuándo me será dado visitarla, hollar el suelo donde se apoyaron los pies descalzos del humano Serafín, y sentir cómo asciende á los ojos el rocío del corazón que no puede derramarse, refrigerante y consolador, bajo estas bóvedas soberbias!

GÜELFOS Y GIBELINOS.

ROMA 31 DE DICIEMBRE DE 1888.

No todo ha de ser visitar iglesias, bajar á criptas, besar losas que tiñó de púrpura la sangre de los mártires, quedarse absorto ante un edificio contemporáneo de los reyes de Roma ó construído en la Edad Media con restos del período imperial. Mientras convertimos la vista atrás y no acertamos á apartarla de la historia vieja, la historia nueva, metódica y lentamente, arroja su naveta de hierro y urde la tela de los días futuros. En el seno de esta ciudad, al parecer tan tranquila, tan dedicada al recuerdo de los tesoros que le legaron las ya desvanecidas edades, la lucha secular continúa, encarnizada, pero sorda, oculta bajo el velo de la tolerancia, de la legalidad y de la cortesía mutua.

Pocas horas antes de mi salida de Madrid me aseguraba un egregio hombre de Esta-

do que la discordia entre Italia y la Iglesia tenía más de aparente que de real, y revestía, en cierto modo, carácter decorativo, siendo una especie de comedia representada para uso de la gente piadosa. «El Papa —me decía con tono entre zumbón y persuasivo— no se ha visto jamás tan atendido, tan respetado ni en posición tan cómoda; y le aseguro á usted que Pío IX, cuando entraron por la famosa brecha, pasó uno de los mejores momentos de su vida. Lo estaba deseando.» Aun concediendo á la paradoja lo que de derecho le corresponde, quedóme en el espíritu una sombra de duda, y me ocurrió que tal vez el curso del tiempo, la muerte de los dos principales actores del gran drama, el flujo y reflujo de los sucesos cotidianos y los múltiples y graves intereses que fuera de Roma solicitan la atención de la Iglesia, podrían haber aplacado el encono, calmado del todo los ánimos y borrado los vestigios de la lucha.

Al llegar á la ciudad pontificia, se prolongó algunos días la ilusión de este sosiego. Los trescientos peregrinos que veníamos desde España sedientos de aclamar al Augusto, caímos en Roma lo mismo que una gota de agua en el Mediterráneo. Aun-

que lastime nuestro amor propio, es lo cierto que, en concepto de romeros, nadie nos hizo maldito el caso. Verdad que llegamos veinticuatro horas después de la fecha señalada en el itinerario, y sin dar aviso, por lo cual ni un alma nos esperaba en la estación, y ni una sola mano nos brindó ese apretón eléctrico que transmite la corriente de un sentimiento común; y esta fría indiferencia de la Roma ultramontana nos pareció mayor aún cuando empezamos á buscar y tratar á personajes de los que privadamente llamábamos *nuestros*. Ni una palabra calurosa, ni una muestra de simpatía que compensase tantas penalidades y molestias, ni casi una esperanza firme de poder tocar las vestiduras sacrosantas del vicario de Dios, faro de nuestros espíritus, por cuya luz venimos atraídos desde tan lejos. Mucha sonrisa, mucho afable rostro, mucha frase melosa—como siempre es meloso lo que se dice en italiano;—pero nada de eso que tanto nos cautiva á los españoles, raza de corazón caliente, que por un halago sincero, por una demostración de confianza, se apega hasta morir como murió la guardia de Sertorio. Algunos romeros, inclinando la cabeza con melancolía, exclamaban:

maban que, de irse sin ver al Papa, para ellos no había viaje.

Con todo, yo no podía persuadirme de que aquí no respondiese algún sentimiento al de los romeros. Lo primero que me indicó que no se había cerrado el templo de Jano fueron, durante el camino, las groserías, inconveniencias y vejaciones de las empresas ferroviarias representadas por los jefes de estación y empleados subalternos; mas á poco de estar en Roma, dos nombres que hoy la dividen lo mismo que en tiempo de Dante Alighieri, confirmaron mi sospecha de que no hay paz, sino armisticio.

Los *güelfos* y *gibelinos* son ahora *papalinos* é *italianísimos*. Dos partidos que no pueden, como en la Edad Media, ensangrentar las calles de la ciudad, pero que trabajan las conciencias, que animan, por decirlo así, con un latido de odio las paredes mudas de ambos palacios, el regio y el pontificio. Conviven acordes al parecer la matrona romana y su raptor; pero ¿quién no ve el estremecimiento del seno mármoreo? ¿Quién no escucha de noche la respiración angustiosa de la mujer violentada?

Donde más he conocido que es engañosa la tregua es al ponerme en contacto con

gentes distinguidas del partido italianísimo. Cualquiera imaginaría lo contrario; que la exquisita finura, ó más bien la amistosa cordialidad con que han acogido á la *pelegrina* española había de revelarme calma absoluta en los espíritus y decaimiento en el ardor de las facciones rivales. No fué así: inmediatamente, apenas desflorados los temas artísticos, surgió y se debatió la cuestión eterna, el problema de la Italia actual.

Era en casa del comendador Mancini, el célebre jurisconsulto, político y literato, preceptor y amigo del rey Humberto I. En la mesa familiar, presidida por la bella Genina Mancini, mientras los criados servían, después del faisán cazado por manos reales, las curiosidades culinarias italianas, las ostras en dulce de Tarento, los higos empedrados de almendras de Calabria, el enorme bollo de Navidad, que en Italia reemplaza á nuestro mazapán clásico; entre el murmullo chispeante de la conversación literaria y la agradable intimidad que determina una comida succulenta y unos comensales discretísimos, se apareció sonriente, como acostumbra, el blanco fantasma papal, evocado por el incidente del *sindaco* de Roma, duque Torlonia, que tanto

ruido mueve todavía. Mancini, á fuer de político sagaz y experto, opinaba que se había concedido importancia excesiva á una mera fórmula de atención y cortesía hacia el anciano León XIII. No dudé que Mancini tenía razón, y sin embargo, en mi interior pensaba que el caso del duque Torlonia, de suyo insignificante, valía como síntoma, como chispa que al volar delata la escondida hoguera.

Aparecido el fantasma, no era fácil conjurarlo ya. Pasamos al salón, al cual, además de los innumerables cachivaches que hoy agrupa la moda en estanterías, muebles y muros, daban aspecto artístico y cierto color local el enorme piano de cola y la elegante arpa dorada en espera de la consabida mano de nieve; y allí, en la grata atmósfera de amabilidad y cariño que tan presto dilata los pulmones del extranjero, alzóse nuevamente la cándida visión del Vaticano. Debo confesar que ayudé á llamarla, porque gusto siempre de conocer opiniones de gente culta, sobre todo respecto al país que visito, por aquello de que más sabe el loco en su casa... etc.; y prefiero sorprenderlas, no en libros ni en periódicos, sino en los labios, donde brota más

sincera y viva, más caldeada en la fragua de la voluntad. No era muy difícil conseguirlo, pues allí, como en todos lados, no se piensa sino en el Papa.

El Papa llena á Roma: oculto, retraído, invisible, envuelto en la dorada aureola que le forma el amor y el tributo de la cristianidad entera, él es el alma de la ciudad. No le vemos, como no vemos el aire que alimenta nuestra vida ni la sangre que la sostiene; pero le respiramos. Es inaccesible, y sin embargo le sentimos en derredor nuestro, influyendo en nuestro albedrío con acción psíquica inexplicable. Ante el Papa somos todos el personaje de una novela de los Goncourt, *Madame Gervaisais*; lentamente llegamos á no pensar sino en él, máxime ahora, cuando diariamente arroja el ferrocarril centenares de romeros que acuden solicitados por el imán misterioso. ¿Es mucho que también tengan fijo en él el pensamiento los adversarios de su poder temporal,—pues no quisiera llamar sus enemigos á gentes que protestan y afirman que no desean apartarse del seno de la Iglesia católica?

—Todos somos católicos aquí—exclamaba Mancini.—Y en confirmación de sus

palabras me refería detalles sobre Víctor Manuel, me pintaba al *galantuomo* creyente, sin perder un día de misa, confesándose con bastante frecuencia; su dolor al verse excomulgado, su fallecimiento pidiendo todos los sacramentos y auxilios espirituales, sus donativos á catedrales y obras pías, unido todo ello á fortísima convicción de que la Providencia misma le había elegido para unificar á Italia y librarla del yugo extranjero, y que esa era su misión ineludible y suprema.

—¿De suerte—le pregunté—que aquí carece de fuerza la idea republicana?

—Absolutamente—me contestó,—porque la monarquía nos ha unido y la república nos dividiría. Hay regiones de Italia que conservan gloriosísimos recuerdos republicanos, y al primer grito de república propenderían á reclamar su independencia y á destruir una obra que ha costado tantos años de lucha, tantos esfuerzos y tanta sangre.

—¡Qué lección para ciertos partidos y ciertos hombres políticos españoles!—discurría yo, herida en mi cuerda sensible, la unidad de la patria y el concepto de las grandes nacionalidades, único que hoy pue-

de llevar á destinos gloriosos á los pueblos de Europa.—¡Será cierto que entre nosotros hay quien más ó menos inconscientemente atenta contra esa unidad, afloja ese nudo y aspira á reducirnos al estado fragmentario de algunos principadillos que el ferrocarril atraviesa en un cuarto de hora, y que, despojados de la dignidad de naciones, se contentan con ser garitos internacionales y suicidaderos públicos!

Sí; por muy pintoresca que se presente la Italia antigua, con sus monarquías, principados, ducados, señorías y repúblicas homeopáticas, no cabe negar que fué justo y alto el anhelo de reunir los dispersos trozos del Estado latino é identificar políticamente lo que la naturaleza y la geografía dispusieron para formar el organismo de una patria magna.

Creo que no se le puede pedir mayor imparcialidad á la romera católica; pero mentiría á mi conciencia si otra cosa escribiese, y late demasiado vivo en mí el sacro amor de patria (que no será jamás ridículo ¡y si llega á serlo, ay de la raza ibera!) para que no lo comprenda y respete en los demás. Y así como confieso que entiendo muy bien la aspiración italiana, la aspira-

ción de Leopardi y Monti, de los patriotas, á expulsar al extranjero, á constituirse en nación grande y seria, no puedo alcanzar que esta misión del cielo tocase á una dinastía, á la casa de Saboya. Para mí, el papel de unificar á Italia correspondía al Papado; bastantes patriotas ilustres lo creyeron también: ese era el bello sueño de Gioberti, la esperanza que tiñó de rosa los albores del pontificado de Pío IX.

El Papado es la virtualidad histórica que Italia posee. Por el Papado conserva acción sobre el mundo entero, y es todavía, espiritualmente, señora del orbe. Dígalo la manifestación imponente que hemos presenciado estos días: 60.000 personas venidas de todos los puntos del globo, reunidas bajo las bóvedas de San Pedro, y aclamando, si no con los labios con el corazón, la soberanía del Papa. Quien posee las almas, debe poseer el territorio: toda idea aspira á tomar cuerpo y á traducirse en hechos, y el catolicismo atesora vigor suficiente para comunicárselo á una patria fuerte y gloriosa. ¿En qué consistirá que los Papas no hicieron la unidad de Italia cuando todo se lo sugería, cuando eran materialmente poderosos? Acaso por rectitud moral, por no

atentar á los derechos de tanto régulo, tanto príncipe reinante y tanta ciudadanía independiente. Lástima grande, pues respetando la vida tradicional de cada región, ejerciendo un protectorado, constituyendo una confederación que fuese gradualmente aproximándose á la unidad perfecta, en forma práctica, la corona de Italia debió haber sido una tiara, y el cetro unas llaves.

Sólo así desaparecería el hondo malestar, la rencilla perpetua; sólo así se arrancaría la espina que Italia lleva clavada, no en el pie, sino en el corazón, cerca de los vasos por donde circula su sangre más pura y más generosa. Un zar de la raza latina—me decía hoy cierto ingenioso escritor italiano.—Pues bien, sí, un zar, pero no despótico, sino sucesor de Cristo.

Si esto es un ensueño, es cuando menos ensueño grandioso, y que no subleva la conciencia de Italia: por él me ha dirigido el *Fracassa* palabras muy cordiales, que agradezco.

Pronto nos permitirá la misa jubilar disfrutar la presencia real del hasta hoy Invisible. ¿Lograremos esta dicha? ¿Le verá? ¿Le verá?

EL FANTASMA BLANCO.

ROMA 3 DE ENERO DE 1888.

Ya le he visto.

No pude pegar los ojos en toda la noche. A las cinco y media saltaba de la cama y empezaba á prepararme. A las seis y media tenía prendida la clásica mantilla española y en el pecho la medalla de la romería, con cinta blanca y azul—los colores de la Inmaculada.—Mi espíritu se encontraba agitado, sí, pero de curiosidad únicamente: la curiosidad golosa que infunde el espectáculo raro, mucho tiempo há esperado y prometido. Al bajarme del coche ante la puerta de la sacristía de San Pedro, me preocupó la cuestión de empellones: por allí se subía á las tribunas no más, y sin embargo, centenares de personas se empujaban para entrar pronto. Con paciencia y la ayuda de los *bersaglieri*, conseguí abrirme camino, llegar á la tribuna, sentarme có-

modamente, y cerciorarme de que mi asiento se hallaba situado de tal manera que enfilaba en derecha el altar y yo no perdería un movimiento del Papa cuando oficiase. Y al encontrarme en tan ventajosa posición; al ver en frente el inmenso escenario, á mi izquierda la tribuna diplomática, deslumbradora de bordados y cruces; á mi derecha las patricias romanas luciendo sus mantillas de encaje sujetas con ricos joyeles, y debajo de mí los bancos destinados á canónigos, obispos y patriarcas; al tender la vista por el templo colosal inundado á torrentes con la luz que se despeñaba de la gigantesca cúpula, haciendo reflejar los cascos de la guardia noble y las alabardas de la guardia suiza, experimenté la satisfacción del aficionado á música que asiste al estreno de una ópera del más excelso compositor y se encuentra dueño del mejor sitio, á conveniente distancia de la orquesta, y en punto de no perder detalle de la representación ni nota de la música.

He resuelto declarar sinceramente que éstas eran al principio mis impresiones para que la confesión sirva de castigo á mi frialdad y á mis ráfagas de paganismo. Salga del alma al papel todo cuanto sentí du-

rante la misa jubilar del Papa; el cristiano está obligado á no avergonzarse de serlo. Claro que la gran solemnidad pontificia nunca se me figuró, rigurosamente hablando, una función teatral, aun considerando tan sólo su parte externa, la magnífica pompa que la rodea y realza; pero reconozco que esta pompa, este artístico y ostentoso ceremonial eran para mí lo más atractivo. Hasta el día de hoy no me habían producido emoción religiosa sino las iglesias solitarias, un poco obscuras, mejor si son góticas, amenazan ruína y las pudre la humedad, las imágenes austeras y dolorosas, la penumbra que reina entre las columnatas, el misterio de los retablos que alumbrá la lamparilla trémula. En habiendo luz, armonía, estilo clásico, la poca compunción de que soy capaz se huye, y queda en su lugar una beatitud como la que me causaron las voces de San Juan de Letrán, bajo cuyas bóvedas eché de menos, para soñar y creer, los santos lugares del Calvario franciscano.

Un estado de alma en que no se advierte más que serena alegría, plenitud vital que duplica el goce de existir, de pensar y de entender, eso me producen á mí los sober-

bios templos de Roma, donde la profusión de oro, plata, bronce, malaquita, cornalina, jaspes y alabastros, la majestad arquitectónica, el aparato de las esculturas, parece que comunican al vivir humano cierta magnificencia y nobleza propia de las grandes épocas históricas paganas, cierto vigoroso júbilo que nos acerca al estado olímpico de los semidioses.

Así sentía yo antes que el Papa se apareciese, en aquel momento de expectación en que sesenta mil personas aguardaban ansiosas su presencia. Cuando por cima del bosque de cabezas, suspendida en el aire como una visión celeste, flotando y bogando después por entre las olas del gentío, divisamos la silla gestatoria; cuando distinguimos la forma del Pescador de hombres, blanco y dorado, abrumado bajo el peso de sus riquísimas vestiduras, de la pedrería de sus joyas; cuando ya vimos su rostro pálido y el movimiento sobrenatural de su brazo al bendecir, sentí el primer escalofrío, el primer estremecimiento psíquico extraño, y, de pie en la silla, como estaban todas las señoras, temí caerme y me apoyé en la primer espalda que pude.

Algo raro se me subía á la garganta; ne-

cesitaba gritar; y, respondiendo á mi deseo, reflejando el mismo ímpetu irresistible, un clamor hondo, hondísimo, más dramático y musical que ningún coro de Wagner, se alzó de las profundidades del templo: era en todos los idiomas, pero sobresalía la aclamación de los españoles:

—¡Viva el Papa rey!

Dos minutos antes de asomar el Papa había yo respondido á alguien que me preguntaba si creía que habría aclamaciones:

—No; se me figura que no. Confío en la sensatez de los peregrinos; las circunstancias son tan delicadas... A lo sumo habrá un rumor respetuoso y cariñoso... pero nada más, porque no sería prudente ni discreto, ni pienso que entre en los propósitos y deseos del Papa ser aclamado. El silencio es de rigor.

Y la que esto decía con absoluta buena fe dos minutos antes, otros dos minutos después de entrar el Papa exclamaba con idéntica convicción:

—Pero, Dios mío, ¿qué hace esta tribuna nuestra que se calla, mientras las pobres gentes de abajo se deshacen á gritos? ¿Que siempre nos ha de dar lecciones el pueblo!

¿Pero cómo no gritamos también? ¿A ver?
¿Quién empieza?

Un acento italiano, una voz de tenorino rompió el fuego clamando «¡Ewiva!» y al punto se le unieron otras muchas, españolas, vibrantes y firmes. Mas no bien el Papa se bajó de la silla y sólo quedaron dominando la multitud los dos blanquísimos flábulos de plumas, se desvaneció en mi alma el sentimiento que me impulsaba á lamentar no parecerme siempre al pueblo en la frescura del corazón. Volví á ser la espectadora, no indiferente, pero sí curiosa, que estudia cada detalle con deleite artístico, que sorprende los efectos de luz y la expresión de los rostros.

La misa del Papa empezaba, y yo veía su solideo blanco destacarse de entre los trajes episcopales y militares, como el pico de una montaña cubierta de nieve. Sin embargo, al oír el *Tu es Petrus* que al parecer bajaba del empíreo entonado por voces angelicales, como si el Verbo divino lo repitiese después de diez y nueve centurias, nuevos escalofríos recorrieron mis vértebras. Y á medida que la misa iba adelantando—una sencilla misa rezada sin aparato alguno,—mis ojos se clavaban en el altar inven-

ciblemente, lo mismo que en la primer fase del sueño hipnótico se clavan los del magnetizado en los del magnetizador. Las voces de lo alto proseguían; un rayo de sol, como esos que en los cuadros bíblicos caen sobre la frente de Moisés ó de Josué, envolvía la exangüe cabeza del Papa y arrancaba el fino destello de la perla oriental á sus canas y á su tez de marfil pulido. León XIII alzó las manos, y en ellas vimos un punto blanquísimo, la hostia.

Sólo entonces me dí cuenta de lo que me pasaba. Estaba en pie, inmóvil, sin respirar, corriéndome dos hilos de lágrimas por las mejillas. Lloraba en silencio, con una felicidad interior tan grande y tan verdadera, que creía no estar en el mundo. Ni sentía la vida orgánica de mi cuerpo ni la función de mi cerebro (cosas que, aun dormida, noto vagamente); no pensaba, ni discurría, ni comprendía, pero se me iba derriendiendo el corazón, y un dulcísimo deliquio me vedaba mirar al altar mismo: involuntariamente levantaba los ojos á la cúpula, al torrente de luz que caía de ella. No me importa que esta impresión tan real y tan profunda sea ó no creída; ignoro si hago bien ó mal en narrarla, y sobre todo en ana-

lizarla, pues acaso al destapar el pomo se evapora la preciosa esencia; quizás no faltará quien la eche á broma ó la juzgue incompatible con mi estado habitual de equilibrio, con mis aficiones literarias, harto profanas y libres, con la especie de frialdad y pesadez de espíritu que engendra la vida mundana, con mi horror al sentimentalismo y al lirismo, con otras muchas cosas que son de nuestro siglo, y por consiguiente nos afectan é influyen á todos.

Pero así pensarán los que se hayan quedado en España, los que no hayan gozado de este espectáculo único, los que imaginen que es igual ver al Papa en cromolitografía ó en carne y hueso, bajo estas bóvedas, entre estos cánticos, arrullado por estos clamores ardientes. ¡Se han enrojecido los párpados de tanta gente más profana todavía que yo!

Convengo en que también me sorprendí de mi propia impresión. Sabía que era católica, no que lo fuese tan apasionadamente; no me juzgaba muerta como Lázaro, pero ignoraba que la fibra poseyese tanta elasticidad y respondiese como la cuerda de una lira al contacto del dedo divino. ¡Dicha incomparable! Acordéme de la no-

vela de los Goncourt, en que la mujer descreída y fría, pero inteligente é ilustrada, así que llega á Roma y respira este ambiente singular, el más oxigenado del mundo entero, donde flotan como esencias de embriagador aroma los recuerdos de tantas edades, los efluvios históricos, siente despertarse su instinto religioso y se convierte y practica, y su fervor es tal, que cuando ve de cerca al Papa se rompe en su pecho un aneurisma y cae muerta. Recordé también á la famosa protestante, tal vez heroína real de esta historia imaginaria, que al presentarse á Pío IX cayó fulminada, de rodillas y gritando: ¡Creo!

Yo en aquel punto comprendía todos los resortes espirituales que pueden mover y precipitar á un alma; las grandes conversiones que hacen del libertino Mañara, el santo fundador; de Agustín, el sofista maniqueo, el filósofo de la gracia; del cortesano duque de Gandía, el ascético Francisco de Borja; de Saulo el perseguidor, Pablo el apóstol. Entendía además el bien de sentir siempre así, y se me alcanzaba en qué consiste lo que llamamos bienaventuranza, estado que tan difícil es representarse comparándole con otros goces y otros

deleites humanos. El alma que estuviese siempre á esta temperatura, rebosaría placer y echaría de sí fuego y calor irresistible, como echaba San Francisco... ¡Venturosos los que esto experimenten cada día, á la elevación de la hostia, en la misa más pobre, en la iglesia más vulgar, en el rincón más apartado del mundo!

En mí sólo ha durado algunas horas la visita del ángel. Busco aquellos sentimientos, y ya no los encuentro; escucho el golpear de mi corazón, y parece como si de nuevo se hubiese revestido la chapa de plomo, ó por mejor decir, la coraza de Milán, damasquinada, incrustada de oro, con elegantes relieves, pero helada y recia. En fin, por espacio de un día al menos se ha liquidado la nieve, y subido convertida en cálido vapor hasta el cielo. Bajaron al abismo las pasioncillas humanas: las he oído caer como piedras y rebotar en el torrente del fondo. Y ahora lo explico mal; ahora tengo el dolor de no acertar á expresarlo; ahora me suena á teatral y retórico lo que entonces saltaba con tal ímpetu y fuerza como el chorro de agua viva bajo la vara del taumaturgo; y ahora, Señor, sólo tú, que sondeas las vísceras, encontra-

rás aquí un reflejo de lo que he probado.

Sentidos, puertas del alma, por vosotros entró, ya lo sé, la emoción sublime. Mis nervios tirantes por la vigilia; los himnos celestes que como un rocío bajaban de la rotonda; la cándida aparición; la increíble belleza de este anciano coronado con la tiara, llevado entre dos abanicos de níveas plumas, semejantes á alas de serafín, aclamado por delirante multitud; este anciano cuya cansada vida pende de un hilo; este anciano que ya no semeja cosa del mundo, sino pétalo de aquella rosa mística que cierra el paraíso dantesco; este anciano que representa á todos los mártires, confesores, vírgenes y doctores, á toda la Iglesia militante y triunfante, es lo que me ha movido de tan extraña manera. Y la expiación de mis pecados de orgullo, si alguna vez los cometí, es no atinar á decir bien lo que mejor he sentido nunca.

LOS SANTOS NOVÍSIMOS.

ROMA 5 DE ENERO DE 1888.

Cuando se publique esta carta, la Iglesia registrará en su libro áureo los nombres de diez santos más, tres de los cuales han visto la luz en tierra española, ó dominada por nuestras armas al nacer ellos. La solemne ceremonia de la canonización se verificará en el Vaticano, y el árbol diez y nueve veces secular, siempre cargado de frutos de vida, sentirá correr la savia de eterna primavera por su robusto tronco.

En mi deseo de que el público español supiese algo de los santos novísimos antes que les ciñan oficialmente el nimbo hierático, me dí á buscar por sacristías y puestos de libros de lance noticias referentes á su vida y milagros, y por cierto que, en el *Gesú*, un buen lego de la Compañía casi me echó á hisopazo limpio, asegurándome con enojo que era imposible saber cosa ningun-

na de los venerables Berchmans, Claver y Rodríguez, hasta el día en que los canonizasen y se repartiesen miles de ejemplares de su biografía impresa. Por fin se me ocurrió lo más derecho: pedir á un señor obispo el extracto del expediente de canonización y tomar allí los datos indispensables. Esto en cuanto á los jesuitas; que respecto á los servitas, me sacará de apuros un libro rancio, encuadernado en pergamino, que me proporcionó en la sacristía de San Marcelo un venerable *prete* italiano, y que lleva en la portada este título: *Storia dell' origine e fondazione del Sagro Ordine de Servi di Maria Vergine*.

Los siete santos que fundaron la Orden de los Servitas forman una especie de piña ó racimo de figuras, cual suelen verse en los retablos, todas con la misma expresión, el mismo traje, idéntica actitud. No hablaré, pues, de cada cual separadamente, sino del grupo y de la obra colectiva que realizaron. Así, en comunidad, los representa la estampa que encabeza el libro: *Septem beati fundatores*, reza la leyenda, y no seré yo quien la deje mentir. Corría el año del Señor 1233, y gobernaba la Iglesia Gregorio IX, gran devoto de la Virgen, el que

instituyó la oración de la tarde y extendió á la Iglesia universal el cántico de la *Salve Regina*. Era aquel período angustioso del siglo XIII, cuando los ataques del infiel hacían bambolearse el trono católico de Balduino en Palestina, y el sarraceno, llamado por el perseguidor Federico II, entraba á hierro y fuego en las villas de Italia; cuando arreciaba la herejía valdense y albigense, y cuando en Florencia, república magnífica, las sañudas facciones de güelfos y gibelinos ensangrentaban diariamente las calles. Veían con pena este estado azaroso siete opulentos y nobles patricios, y para sosegar la tormenta de la guerra civil en su pueblo, fomentaron la devoción á la Virgen por medio de la cofradía de los *Laudenses*, dedicada á entonar sus loores. En aquel siglo XIII, que es á la Edad Media lo que el rosetón á la catedral gótica, las órdenes religiosas brotan lo mismo que amapolas en los trigales, ó hiedra en las ruínas. Los siete ricos é ilustres ciudadanos de Florencia, asociados para un fin político y humano—restituir la paz á su pueblo,—se sienten de improviso arrebatados en éxtasis, ven un globo de luz que se divide en siete rayos, y á la Madre de Dios ro-

deada de ángeles, que les convida á fundar una Orden nueva; y al punto renuncian bienes, influencia, poder, dejan á sus mujeres los casados, á sus hermanos los solteros, y se consagran al servicio de Dios. Retirados algún tiempo á hacer penitencia fuera de la ciudad, cuando vuelven á ella para obtener que el obispo apruebe su regla de vida, la multitud se arremolina á su paso, sale en procesión llena de curiosidad, y los niños de pecho, dejando el seno de sus madres, exclaman, con voz articulada y sonora: «He aquí los siervos de María.» Ocultos en el monte Senario con el fin de llevar vida eremítica cinco años enteros, la agreste ladera que cultivan sus manos se cubre en invierno de olorosas yerbas, de frescas flores, de vides cuajadas de fruto maduro y ópimo; y el día de Viernes Santo la Virgen se les aparece otra vez rodeada de ángeles que les traen hábitos religiosos negros, ó muestran un libro abierto que contiene la regla de San Agustín, ó escriben en dorados caracteres el nombre de *Servitas*. Así se fundó la Orden, propagada y dilatada en el siglo XIII con la rapidez eléctrica que se nota en la difusión de las religiones mendicantes. Por larga omito la lista de mila-

gros y méritos de los siete fundadores, cuyos nombres en religión fueron: *Buonfigliuolo Monaldi*, *Buonagiunta Manetti*, *Manetto dell' Antella*, *Amadio Amidei*, *Uguccione Uguccioni*, *Sostegno Sostegni* y *Alessio Falconieri*. Nombres en verdad un tanto exóticos y enrevesados, lo cual será parte á que la devoción de estos santos no se mantenga muy viva sino en el territorio florentino.

Con los tres santos jesuitas entramos de lleno en épocas más claras y en asuntos que nos son familiares á los españoles. Representan tres tipos curiosos y característicos de la Compañía de Jesús, tres formas del austero y reprimido espíritu que trajo á la Iglesia el misticismo ardiente y batallador de Ignacio de Loyola, al cual, por modo simbólico y fundándose en detalles de su historia, se puede llamar el andante caballero de Cristo. A los tres bienaventurados Rodríguez, Claver y Berchmans los reclama para sí la Iglesia española, pues aunque San Juan Berchmans es flamenco, nació á la sombra de nuestra bandera.

Cuando me represento por medio de emblemas á los santos, veo algunos en forma de rosas purpúreas y sangrientas—los már-

tires de los primeros siglos,—otros de azucenas frescas y fragantes—las vírgenes, las religiosas,—y otros me parecen violetas de cárdeno color, maceradas por la penitencia, la soledad y la represión de todas las pasiones é instintos humanos. Esto último suelen ser los santos jesuitas. ¿Quién no advierte en sus imágenes la tristeza, la palidez, el asombro? Los Sebastianes, los Estébanes, los Pedros, los Pablos, son bellos mozos y vigorosos viejos; las Priscas, las Cecilias, se coronan de rosas y lucen ricos trajes nupciales; en los santos de las órdenes mendicantes, los Franciscos, los Antonios de Padua, hay gracia y alegría; el uno se desfallece de amor al escuchar el laúd tocado por un ángel; el otro juega risueño con el Niño Jesús... Pero en los hijos de San Ignacio reina una mortificación, una severidad, una melancolía extraña; son milicia suscitada en tiempos adversos, cuando asoma la cabeza la formidable herejía del libre examen y Lutero ataca, no solamente el poder pontificio, sino la soberanía de la patria española en el continente europeo. Sin embargo, de las tres fisonomías de santos que procuraré presentar con su especial relieve, la más dolorosa es la del flamenco:

las de los dos españoles son pacífica la una y enérgica la otra, ambas serenas.

San Alfonso Rodríguez... Hay que empezar por decir *quién no fué* este santo, antes de decir *quién era*, y así evitaré un error en que fácilmente se incurre. San Alfonso Rodríguez no fué su homónimo el insigne y suave escritor místico, autor del *Ejercicio de perfección*, también jesuita, también español, también declarado Venerable y nacido en el mismo siglo, á cuatro años de distancia. El que va á subir á los altares es una criatura humilde, un pobre lego ó *coadjutor temporal* de la Compañía, que vió la luz en Segovia en 1530, de modesta familia de tenderos. Cuéntase de él que cuando muchacho profesaba gran devoción á la Virgen, y un día le habló así cándidamente:—Te amo, señora; ojalá me amases tanto á mí.—Y que la Virgen le respondió al punto:—No, hijo; aún te amo yo más.—Enviado á cursar á Alcalá, antes de que terminase los estudios murió su padre, y su madre le llamó á Segovia para que se hiciese cargo del comercio. Allí casó, dice el expediente, con doncella honestísima; pero la perdió en breve, y después al niño, fruto de su enlace; entonces sintió la vocación de jesuita. Trans-

curridos unos días de vida penitente, Alfonso tuvo cierto sueño: vió un coro de santos, entre los cuales sobresalía Francisco de Asís. Alfonso lloraba, y Francisco le preguntó por qué.—¿No he de llorar—respondió el buen mercader segoviano—si tanto he ofendido á Dios, y por ofenderle una sola vez tendríamos de llorar la vida entera?—La historia refiere sus penitencias y austeridades terribles en el convento de Mallorca, las sequedades y tentaciones que le afligieron, y cómo, antes de morir ejemplarmente, á los ochenta y siete años de edad, se le aparecieron Cristo y su Madre. Cuenta asimismo al pormenor las milagrosas é instantáneas curaciones obtenidas por mediación suya, el lento curso del expediente de canonización, conducido con el pulso y reflexión que es de rigor en semejantes casos: primero la declaración de las virtudes teologales y cardinales en grado heroico (1760), la beatificación (1825), los nuevos y recientes prodigios que por su intercesión se han obrado (1865), y al cabo el triunfo del humilde lego.

Bien se nota que éste es un contemplador, un obediente, un pasivo. No así San Pedro Claver, que fué un propagandista,

un apóstol, un gladiador del Evangelio. Nació en Verdú (Cataluña) en los últimos años del resplandeciente siglo xvi, el siglo de los grandes santos españoles. Sus padres eran hidalgos y le educaron con esmero. Estudió en Barcelona y atendió lecciones de filosofía en las aulas mallorquinas. Dios reveló por medio de una visión al escritor místico Alfonso Rodríguez la gloria reservada á Pedro Claver, el cual ingresa en la Compañía de Jesús el segundo año del siglo xvii. En 1610 le escoge para las misiones del Nuevo Mundo el P. Acquaviva superior de la Orden, y desembarcan en Cartagena de América el mismo año. Claver ve y toca con sus manos redentoras y compasivas la horrible llaga de la esclavitud, el negro vendido y tratado peor que las bestias, y sus entrañas se estremecen de piedad. Consagra su vida al alivio de tanta miseria, dedicándose á predicar, convertir, enseñar, consolar y socorrer á los esclavos. Bautiza en persona á más de 340.000, y si, pensando piadosamente, admitimos que siquiera la décima parte de los bautizados por el apóstol catalán logró entrar en el cielo, bien puede Claver decir que no se presentó ante Dios con las manos vacías.



En el puerto de Cartagena fondeaban diariamente naves que hacían el tráfico de esclavos, y no bien el apóstol tenía noticia de su llegada, corría á exhortar igualmente á víctimas y verdugos. Enfermero incansable, asistía esas pestes espantosas, esos padecimientos repugnantes de las razas oscuras y de los climas cálidos, y el pueblo oía como á un profeta y respetaba como á un rey al jesuita extenuado por las maceraciones, los cilicios, los ayunos, los azotes y las sobrehumanas fatigas de un apostolado heroico. Así tuvo Cartagena de Indias su San Francisco Javier, y cuando Pedro se rindió á tantos trabajos, los negros escoltaron gimiendo su cadáver, que quedó después de la muerte flexible, fragante, con apariencia de vida. Poco diré del expediente de canonización de este justo, á quien nadie regateará la corona. Despaciosos como todos, en él se lee repetidas veces la frase sacramental *causa siluit*. La beatificación de Claver, anunciada en 1850, no se efectuó hasta 1857. Ahora va á recibir aquí el lauro que Dios le tiene otorgado hace tiempo.

San Juan Berchmans puede clasificarse refiriéndole al tipo ascético de los Luises

Gonzaga y Estanislao de Kostka. Es uno de esos mustios y lánguidos lirios crecidos á la sombra, que se deshojan antes de tiempo; una de esas infancias graves, silenciosas, que terminan en lírica y virginal adolescencia y en muerte prematura; uno de esos niños que ni lloran ni ríen, que ayudan, que rezan antes de tener uso de razón uno de esos seres que pasan como apariciones, sin tocar al polvo de la tierra. Descendió á ella en 1599, en Diest, ducado de Brabante. Dicen sus biógrafos que era muy lindo mancebo; que en la iglesia parecía un ángel; que su modestia pasaba de raya, y que sus confesores no le vieron incurrir jamás en pecado alguno, ni venial siquiera. Su vocación á la Compañía de Jesús se determinó leyendo la vida de San Luis Gonzaga, modelo de perfección ideal propuesto á la juventud por el espíritu de San Ignacio. A los diez y siete años entró Berchmans en la Orden, y al punto le enviaron á Roma á que estudiase filosofía. Y en el Colegio Romano testifican todos de la admirable pureza con que vivió, hasta extinguirse dulcemente á los veintitrés años de edad, como si se hubiese asomado á las puertas de la vida, y asustado de sus combates se

acogiese al yerto regazo de la muerte. Poco antes de espirar tomó en la mano el Crucifijo, el rosario y las constituciones de la Compañía, exclamando:—Estas tres cosas me son caras: con ellas muero contento.—El último año de su existir, San Juan Berchmans, estudiante aplicado y asiduo, se complacía en escribir máximas, pensamientos y reglas espirituales; de ellas entresaco algunas, y prueban, en mi opinión, que aquella alma seráfica, inmaculada cual el ampo de la nieve, advertía con miedo, en lo más hondo de sí propia, el reprimido hervor de la pasión juvenil.

—«Nada debo evitar con tanto esmero como el ocio, la melancolía y la familiaridad.

—Cuanto causa inquietud, viene del diablo.

—Si no me hago santo mientras soy joven, no lo seré nunca.

—Seré opuesto al mundo en todas las cosas.

—Hacer mucho y hablar poco.

—Que lo dulce te sea amargo y lo amargo dulce.

—Teme que por tu negligencia te quite Dios la ternura del alma y te deje insensible.

—Sé avaro y mercader espiritual.

—Los sábados he de lavar platos en la cocina á honra de la Santísima Virgen.

—La conversación de los tibios debe huirse como mal contagioso; la vista de la mujer como la del basilisco.

—La bestia tiende por instinto á conseguir sus fines, y tú, alma mía, ¡necesitas estímulos tan grandes!»

Bienaventurado Berchmans, ora por nosotros. Estamos en lo más recio de la batalla, y vaya si necesitamos estímulos. Bienaventurado Berchmans, amarillenta rosa claustral, déjanos respirar tu desmayado perfume.

DOS MUERTES.

ROMA 6 DE ENERO DE 1888.

En esta Roma, donde parece que á la vuelta de tantos siglos aún continúan luchando Cristo y Jove; en esta Roma bifronte como el antiguo Jano, en que se pueden visitar con pocos minutos de intervalo los salones testigos de las orgías imperiales y las Catacumbas, rellenas de huesos de confesores de la fe; en esta ciudad de los grandes contrastes históricos, quizás no se presente ninguno tan marcado como el que ayer me ofreció la casualidad, enlazando mi excursión á la Vía Apia con mi visita al cementerio de los Capuchinos.

Lánzase la Vía Apia al través de la campiña romana, cuya planicie severa, comparable á vasto mar de ondas petrificadas por repentino cataclismo geológico, limita á la izquierda rota serie de majestuosos acueductos, aéreo canal que traía al pueblo rey

aguas delgadas, puras y exquisitas. Cuando ni una arcada de estos acueductos había desmoronado el tiempo ó la injuria bárbara; cuando lucían para Roma los días claros de la república y del imperio naciente, á uno y otro lado de la bien embaldosada vía, que circundaba la vega poblada de jardines, villas, nínfeos fresquísimos y nemosos, deleitables retiros que desafiaban el ardor canicular, bosquetes sagrados y huertos feraces, alzábase doble hilera de ricos monumentos construídos y adornados con todos los primores de la arquitectura y la escultura que Grecia inspiró al Lacio.

Hecha la armazón de ladrillo fino y selecto, y de ese tufo y ese barro volcánico que poseen la intensidad de colorido de las piedras preciosas, los visten por fuera labrados mármoles, diáfano alabastro, bruñido pórfido, y realzan la fachada bajos relieves, cornisas y grecas que son maravillas de ornamentación. Entre ellas se destacan símbolos y alegorías; ya las ondas de la Estigia laguna, ya la antorcha vuelta con la llama hacia abajo, ya la faz de Medusa cenuda y bella, con su crespada aureola de víboras, ya guirnalda de flores engalanando el testuz del buey destinado al sacrificio.

Coronan y rematan el monumento estatuas airosamente envueltas en los nobles paños que sólo el clásico cincel supo plegar; y si penetramos en el recinto, el pavimento está cubierto de mosaico, los muros pintados al fresco, dorados, pulimentados con el encáustico más liso; y en las paredes, que reciben el gracioso nombre de palomar (*columbarium*), se abren, alternando con las hornacinas de las estatuas, otros huecos donde están incrustadas ánforas de gallarda forma, de cerámica finísima. ¿A qué objeto se destinan estos primores de arquitectura? ¿Son casinos, son palacios en miniatura, son voluptuosos retretes donde el ciudadano de Roma se retira á leer con sosiego, en las tardes estivales, las odas del Venusino que cantan la brevedad de la vida y aconsejan coger la rosa antes de que la marchite el cierzo ó la deshoje el ábrego?

Esto deben de ser, porque las familias patricias y senatoriales vienen aquí de paseo, al tiempo que la campiña florece y los días son largos y apacibles, y dentro del monumento primoroso reciben á sus amigos, y pasan las horas conversando, refrescando, en grato solaz... Mas no: ¡los monumentos de la Vía Apia son sepulcros! Aquí

es donde las familias ilustres de Roma conservan las cenizas de sus muertos, y esa vasija delicada, propia para encerrar esencias en el tocador de una matrona, es el lacrimatorio, la urna que guarda el dolor pagano, bella, serena, artística como él. He ahí la muerte antigua, la muerte clásica, la muerte coronada de flores, el regreso al seno de la naturaleza madre.

Pero dejemos la Vía Apia y su despejado horizonte campesino y sus tumbas de mármol, hoy destrozadas, y penetremos en el corazón de la Roma sellada por el catolicismo. Subamos la escalinata de los Capuchinos—*Santa Maria della Concezione*,—iglesia edificada por el fraile cardenal Barberini, hermano del papa Urbano VIII, á principios de aquel siglo xvii, en cuyas pos-trimerías el fervor religioso se contagió con el mal gusto de la época, adquiriendo algo de grotesco y teatral á la vez. Son los capuchinos ramificación de la Orden franciscana; pero el dulce espíritu que embalsama las *Floreccillas*, el calor humano, el alto sentido social y político que ostentaron en Italia los Menores, revistió en los capuchinos un tinte ascético y sombrío, una exaltación ideal que les hizo prendarse de la muerte como

de una esposa amada, y convertir la tumba en puente para comunicarse con el cielo.

La nada fué su gran maestra; el cadáver, su mejor lección de filosofía; la fetidez y la podredumbre, reflejos de la gloria. Morir habemos: éste es el resumen de toda sabiduría, la última palabra de la realidad, la verdad suprema; meditémosla y lleguemos á la única aspiración digna del alma: el desprecio absoluto de las cosas terrenales; la esperanza de otra vida más seria, más hermosa. Uno de los bienaventurados de la Orden seráfica, gran poeta y ardiente demagogo, si así puede decirse, de la fe, Jacopone de Todi, colgaba en su celda un pedazo de carne corrompida para aprender á desdenar la gula y el deleite. La escuela de la muerte natural, el gusano que se convierte en perla al tocarle manos santas, el Lázaro que ha de resucitar al oír la voz redentora, eso es el cementerio subterráneo de los Capuchinos.

Cuando sobre el despojo mortal cae la tierra y lo cubre, la fantasía puede representarse el horror de la descomposición; pero mejor es verlo, tenerlo delante siempre. La tierra es un velo que oculta el misterio, y el capuchino lo rasga, arranca los

girones y obliga á la muerte á presentarse en toda su lúgubre fealdad, á la nada y á la miseria del hombre á aparecer tal cual son, en su triste y macabro realismo. El cardenal capuchino fundador de la Iglesia hizo escribir sobre su sepulcro: *Hic jacet pulvis, cinis et nihil*: no bastaba escribirlo; convenía verlo y tocarlo, ponerlo de manifiesto, hacerlo entrar por los mismos sentidos instigadores de la culpa, por los ojos sedientos de gozarse en la riqueza del color y la armonía de la forma, por los dedos ávidos de palpar los contornos divinos donde late la hermosura. ¿De qué manera lograrlo? ¿Cómo evocar á la muerte para que se presente desnuda, clara, trágica? ¿Cómo abrir la huesa y prestar á los difuntos voz con que avisen á los vivos?

Los esqueletos de los frailes difuntos no querían enmudecer: animábalos tan extraño espíritu y de vida tan sobrenatural, que al decir la misa San Felipe Neri, contestaban en coro *Deo gratias*. A esos huesos, libro en que debe leer el capuchino observante, les pide que salgan de la fosa para darle ejemplo, y los huesos surgen del seno de la tierra. Algunos salen reducidos á polvo: en otros la armazón está bien conser-

vada, blanca y firme; y ciertos cadáveres, sea porque el terreno tiene propiedad de momificarlos, ó porque ya la vida penitente los había curtido y vuelto cecina, aparecen amojamados y enteros, con la piel desecada, pero conservando todavía la expresión, la barba, los dientes, la humana forma.

Estos cadáveres, vestidos con su polvorienta mortaja, asiendo la negra cruz de madera y el grueso rosario en las descarnadas falanjes, tendidos unos, y otros en pie, colocados en hornacinas excavadas en el muro del subterráneo, son las estatuas que el capuchino contempla: las cuencas vacías de la calavera representan para él las pupilas serenas y sublimes del Apolo de Belvedere; el sayal rígido, endurecido al contacto de la húmeda fosa, los paños esculpidos por diestro cincel. Y no contento con mirar la carcomida momia, despiértase en el fraile el instinto artístico, ley á la cual pagan tributo el pastor cuando talla la madera con su tosca navaja, el acosado cristiano cuando traza aprisa el fresco de las Catacumbas; y empleando, en vez de marfil, jaspe ó pórfido, huesos humanos, se entretiene en decorar del modo más curioso y

extraño, con una elegancia mortuoria de que no es posible formarse idea no habiéndola visto, las paredes del subterráneo cementerio.

Grecas de vértebras adornan las cornisas de omoplatos y sacro-iliacos; esbeltas pilas-tras de tibias rematan en capiteles de rótulas; todo el testero de una pared está revestido de inmenso mosaico de cráneos lisos y relucientes, y una franja de húmeros sostiene un reloj de arena hecho con menudos huesecillos de falanjes, mientras del techo cuelgan lámparas caprichosas entretejidas con tibias y peronés. Los arabescos más complicados, los adornos más fantásticos festonean la pared y la bóveda, sin que ninguna porción del esqueleto humano deje de aprovecharse para esta extravagante decoración, y sin quedar descubierto ni un pequeño trozo de pared en las cinco ó seis salas de que consta el cementerio.

Hay que ver este espectáculo á la luz de un farolillo puesto en tierra, cuando las sombras de los momificados frailes se proyectan y se agigantan sobre la bóveda como espectros, y la indecisa claridad les presta una apariencia de vida sobrenatural, macabra, fúnebre, acentuando la risa sardó-

nica de sus bocas sin labios, y la pavorosa energía con que aferran el crucifijo negro. A esa luz rojiza, medrosa, es como hay que leer el soneto colgado en la pared y escrito en un cartelón, que traduzco:

«Esta figura despojada de todo adorno que estás mirando, oh pasajero, fué tanto como tú, cuando vivía. Acaso el alma que la informaba esté expiando sus pecados en el Purgatorio: dile un responso, oye una misa por ella, para que llegue pronto á la orilla deseada. Y mira bien no te pese el que yo haya sido en otro tiempo lo que eres tú ahora; piensa que algún día serás lo que soy: secunda los designios del que te ha creado, y si quieres merecer piedad, tenla de los demás mientras vives.»

Un capuchino típico, anciano, con luen-
ga y enmarañada barba, cabeza de fraile
del Españoleta, me enseñaba el cementerio.
Era su sonrisa complaciente é infantil; ex-
plicaba los más mínimos detalles, y se de-
leitaba en suponer cómo saltarían aquellos
huesos cuando el día del Juicio final resu-
citasen vestidos de carne al son de la trom-
peta. Las pavorosas y feas momias, des-
figuradas, horrendas, cuyas almas, para
colmo de susto, estaban quizás ardiendo en

el fuego del Purgatorio, eran para el capuchino espectáculo amable: ni alteraba su plácida fisonomía la idea de que él—un viejo—no tardaría en encontrarse así, envuelto en húmeda mortaja, las manos en cruz, las órbitas vacías, la boca llena de polvo...

Recordé los elegantes sepulcros de la Vía Apia ante esta concepción ultra-cristiana de la muerte. Dos sociedades, dos civilizaciones, dos creencias que entienden de modo tan opuesto el misterio del *más allá*, no podían convivir ni un instante. Tenían que luchar sin tregua hasta que una de ellas desapareciese de la faz del orbe.

UNA AUDIENCIA Y UNA GRILLA.

ROMA 7 DE ENERO DE 1888.

Por fin han logrado los asendeadísimos romeros españoles lo que tanto deseaban: ver al Papa de cerca, sentir la caricia de su ebúrnea mano sobre la cabeza y el rostro. Este apetecido momento se obtuvo á costa de muchos empujones y fatigas, y de interminable espera en una Logia de Rafael, tan bien pintada de techo como desamueblada de sillas y bancos, por lo cual fué preciso estarse en pie, sin otro entretenimiento que enseñarse mutuamente la carga de rosarios, medallas y efigies que todos llevaban para la bendición. Asaz malhumorados y en demasía impacientes y gruñones, esperaban mis compatriotas, renegando del marqués de la Vega de Armijo, enviado extraordinario de la Regente, con el cual debía hallarse conversando á la sazón el Pontífice, si no mentían las crónicas. Y como

todo el que nace en tierra de España lleva en el alma un fermento democrático endiablado, sea cualquiera la comunión política en que milite, la cohorte de romeros estaba especialmente volada y nerviosa porque la prolongada antesala la ocasionaba un personaje con títulos, cruces y preeminencias de embajador.

—Así que veamos al Papa—dije á algunos de los que más se quejaban del cansancio,—ni nos acordaremos de la molestia que pasamos ahora. Nos va á suceder lo que al enamorado cuando su novia le da plantón, que le dura la rabieta lo que tarda ella en presentarse.

Y fué como yo lo pensaba. Apenas se agitó la cortina roja indicando que iba á entrar á la presencia de Su Santidad el primer grupo de romeros, una aspiración de júbilo dilató los pulmones, serenáronse los rostros, y los romeros más cercanos á la puerta prorrumpieron en vivas y aclamaciones frenéticas.

Yo entré en el tercer grupo, y me quedé al extremo de la Logia. Monseñor Isbert, auditor de la Rota, llamándome por mi nombre, me hizo colocarme á la cabeza; así es que cuando salió el Papa de detrás

del cortinaje purpúreo, repentinamente, le ví al lado de Ortega Munilla y al mío. Y breves momentos después sentí un halago tierno, cariñoso, conmovedor, una caricia de abuelo y de santo, una mano pura, suavísima, que se apoyaba en mi cabeza, en mi frente, y ví como en un relámpago la expresiva cara de León XIII, que se inclinaba hacia mí articulando palabras de bendición.

—¡San Francisco de Asís!—me decía.—
¡El mayor santo después de Cristo! Has escrito de él... Sigue escribiendo, escribe siempre, hija querida (*cara figlia*). Valor, valor... ¡Sigue escribiendo!

Apenas pude balbucir unas frases de gratitud. La mano del Papa me ceñía las sienes con dulce violencia: le tomé la otra, que llevaba medio vestida con blanco mitón de lana, y se la cubrí de besos. El corazón se me deshacía de ternura. Y para que todo el mundo la comparta, voy á tratar de explicar cómo es León XIII.

Más que un organismo humano, parece su cuerpo un pretexto para que esté un alma en el mundo. Háblase mucho en las leyendas y poemas indios de ciertos sabios ascetas que empiezan por no alimentarse

sino de manjares puros, de leche de las vacas sagradas, ofrecida en oblación, y de miel de abejas; luego ni aun ese sustento material admiten, y se nutren sólo del aire balsámico de la selva; más tarde, de ayunos y oraciones, y por último llegan, á fuerza de maceraciones y penitencias, á adquirir santidad tan prodigiosa, que la armonía de la creación se les revela, y su substancia mortal se identifica con la increada y eterna de Brahma, Siva y Visnú: consagran cuanto tocan, y el universo entero, en una aspiración de amor, se abisma en su alma contempladora y profunda. Pues este sublime mito ariano parece que se ve realizado en la persona del Pontífice. Las líneas etéreas de su cuerpo y rostro; la transparencia de su tez, semejante á vaso de alabastro con una luz puesta dentro; la blancura argentina de sus canas; su cándida veste; su andar ligero, que apenas se apoya en el piso; todo le da aspecto de sér celestial, ya exento de las imposiciones de la materia y de las groseras funciones biológicas. Ni carne ni sangre: espíritu no más en este hombre.

Dicen que León XIII escribe hermosos versos latinos: así será, y no he de regatear-

le al anciano dulcísimo su puesto en el Parnaso; pero imagino que debemos recordar aquí la rima de Becquer:—Poesía... eres tú.—No podrá nunca el Papa componer oda en sáficos ó adónicos que equivalga á su manera de imponer las manos, de bendecir, de hablar, de andar y hasta de sonreirse. Poesía, sí, y de la más real y épica, era aquella doble hilera de gente arrodillada, trémula de emoción y alegría, y aquella ancianidad pacífica, augusta, superior á las miserias, á los pecados que perdonaba, abriendo como el pelícano su corazón de fuego para que entrásemos todos en él, dejando con el contacto de su mano una frescura celestial en las sienes y una gozosa humedad en las pupilas... ¡Ah! Después de sentir aquella diestra redentora que ata y desata en la tierra y en el cielo, yo sé de fijo que ninguno de los que estábamos allí pudo dudar de la bondad divina, ni dejó de lucir ante sus ojos, como aurora boreal, el dogma de la misericordia, de la caridad y del perdón...

.....

La postdata que añado á esta crónica algunos días después de escrita, pide á voces la anterior línea de puntos suspensivos.

Trátase de un cuento asaz chusco, inventado, sin duda, por el mismo corresponsal del *Figaro*, que narró tan serio el gran peligro corrido por el *arzobispo* de Madrid al incendiarse con una colilla el vagón que ocupaba. Ha descubierto, pues, este noticiero fecundo que el Papa, durante la audiencia, conociendo, sin duda por el olor, á los curas de ideas carlistas, hubo de recomendarles que «amasen mucho á su Reina, elegida por Dios para darles la paz.» Séame el mismo Dios buen testigo de que no acuso á la prensa; yo entiendo que si una paparrucha corre y se propala, no es tanta culpa de los que escriben, que ya lo hacen con su por qué, cuanto de la benemérita candidez del público, que se lo traga todo como pan bendito. ¿Qué mucho, si hasta personajes legitimistas como el príncipe de Valory, que no en balde se me figuró á mí siempre un tanto sencillo, por no decir otra cosa, aceptaron la grilla y se dedicaron con gran formalidad á interpretar el alcance de frases que León XIII no ha pronunciado nunca, y que, digo más, no pronunciará tampoco?

Para que se vea la sinceridad con que hablo. Yo creo que León XIII (y ahora le considero únicamente como príncipe y dejo

á un lado todo aquello de la poesía y le quito por un minuto á su veneranda cabeza el nimbo de la santidad) sigue una política conciliadora, huye de radicalismos, se mantiene en excelente armonía con los poderes constituídos, y guarda exquisita neutralidad en ciertas cuestiones arduas. Creo que privadamente estimará mucho á la buena señora que ocupa el trono de España, y concedo más: la querrá con paternal afecto como á otras dos ó tres soberanas que también, además de ser unas excelentes damas, le muestran al Papa altísima consideración, y le dan incesantes pruebas de cordialidad y cariño. Todo esto es regular y natural, y por lo mismo que de ello se deduce la prudencia, el acierto y la diplomacia del gran Pontífice, debiera ser parte á que nadie le atribuyese intempestivas y pueriles declaraciones, ajenas á su discreción, mesura, apacibilísimo recato y claro talento.

Esta es la razón moral de que el Papa no soltase la arenga consabida. La razón natural, es que á menos que cada presbítero y párroco *carca* llevase un cartelito diciendo —«Beatísimo Padre, yo soy carlista»— maldito si sé cómo lo podía adivinar el Pontí-

fice. Y la tercera razón de que sea una grilla el discurso atribuído al Papa, es que el Papa no lo dijo ni soñó en decirlo; y en verdad que si pongo delante esta razón, pude ahorrarme las demás.

UN CICERONE GRATIS.

ROMA 9 DE ENERO DE 1888.

Descrita ya la audiencia que el Padre Santo nos otorgó á los romeros, *paulo minora canamus*; yo dedico estas páginas á la flor y espejo de los *cicerones* en Roma, al artista hasta los tuétanos, mi buen amigo Luis Llanos, del cual voy á escribir tales cosas, que necesitará echar mano de toda su incansable amabilidad para sufrir con paciencia la nube de viajeros ó *turistas* que se le vendrá encima, como moscas á la miel, cuando sepan la fuente de delicadas satisfacciones y de goces artísticos que es el trato de esta guía Baedeker encuadernada en paño gris é impresa en cuarto prolongado, —y dispénseme la broma el monarca de la ciceronesca grey, puesto que él mismo da ejemplo burlándose siempre de su descomunal estatura.

Guía Baedeker he dicho, y me retracto,

porque las guías, aun las más completas, son tan sosas y pálidas, como animadas, vivas y personales las explicaciones de Llanos. Lo que hacen escribiendo Thierry, Michelet, Walter Scott, todos los autores que sienten correr el manantial oculto y ven en las tinieblas de la historia, lo realiza Llanos de palabra, ayudado por una imaginación de fuego y cera, una prodigiosa memoria, un conocimiento exactísimo de fechas y lugares y una felicidad de expresión que pone al alcance de todo el mundo la filosofía del arte y de la historia romana. Yo, que pecaré de todo excepto de desagradecida, siento por Llanos gratitud considerable, pues me ha iniciado en los misterios de todos los períodos de Roma, desde el etrusco, con sus rudas construcciones de *tufo* volcánico, hasta los esplendores del Renacimiento, eternizados en mármoles y bronce. Quince ó veinte gruesos volúmenes que leyese, sobre levantarme jaqueca, no me enseñarían lo que estas *paseggiate archeologiche* á través del Foro, el Palatino, los Museos y las Catacumbas. Por cierto que he tenido la satisfacción de ver tan interesadas como yo en las resurrecciones ó evocaciones artísticas de Llanos á dos

damas españolas muy distinguidas, lo cual nada tiene de particular, y entendidísimas, lo cual ya es más raro: la señora de Creus y la de Conde Luque. Al triunvirato que formábamos dió Llanos el nombre de las *tres ciegas*, pues las tres somos miopes, y á fuer de tales, encarnizadas y golosas en mirarlo todo y no perder detalle ninguno, preguntando más que el Catecismo, pero escuchando como en misa.

—Lástima que usted no sea un pedante —dije á Llanos el día en que nos obsequió con su entretenidísima conferencia sobre el Foro;—porque con poco pedante que usted fuese, vaya un pisto que podría darse, sabiendo lo que sabe así como el que no quiere la cosa. Cuatro términos retumbantes, unos anteojos de oro en lugar de esos quevedos, un estilo pesadísimo en vez de esos términos familiares y esas guasas chuscas, un cerrarse y esconderse á los profanos en igual de contarles estas curiosidades arqueológicas á señoras y niños, y ya vería usted cómo, oficiando de Don Hermógenes, le tenían á usted respeto más de cuatro alemanes. Del modo que usted se produce, las gentes se van á creer que todo lo que usted cuenta se aprende en media hora.

Y es que es verdad. Hay personas que tienen el don de ponerse á explicar la mayor tontería, la manera de freir un buñuelo, verbigracia, y convierten tan sencilla operación en un monte de dificultades, y aburren al auditorio, y nadie se entera de lo que se han propuesto decir; y hay otras que, al contrario, tocan puntos arduos, asuntos serios, y les prestan el movimiento, el atractivo y la picante gracia de una chismografía de actualidad. Trataré de indicar el procedimiento.

Represéntese la escena el pío lector: pasa en el área inmensa del Foro, entre rotas columnas, ruínas de basílicas y templos, fragmentos de mármoles, mutiladas estatuas, pluteales soberbios, aunque medio despedazados, airosos monolitos y arcos de triunfo. El cicerone está de pie, enarbolando el paraguas, único instrumento científico de que se vale, y las tres ciegas aprietan los párpados, guiñan los ojos, afianzan los quevedos en la nariz y aferran los gemelos de teatro, esperando la explicación, antes de la cual, hablando francamente, no entienden palabra de aquel laberinto de destrozados monumentos y cimentaciones complicadísimas que parecen cruzarse y confundirse.

—Atención—exclama el conferencista.—
 ¿Pero á dónde demonios están ustedes mirando? Si no es allí, es un poquito más allá... de esta parte. Y mucho cuidadito donde ponen los pies, que ese piso está horriblemente húmedo. Fíjense ustedes bien en la disposición de lo que era esto antes de que existiesen semejantes edificios. Las voy á trazar á ustedes el plano. (Dibuja con la contera del paraguas unos jeroglíficos sobre la mojada tierra.) Esto que señalo aquí, son las dos eminencias que separaba un pantano: aquélla, donde estaba Alba, y ésta, donde empezaba á fundarse Roma. En medio un charco, nada más que un charco, ¿comprenden ustedes? llamado el lago Curcio. Que por cierto lo desecó Tarquino para hacer la Cloaca Máxima... esa cloaquita que está sirviendo desde hace dos ó tres mil años; una alcantarilla, la cosa más vulgar del mundo, que sólo por ella, me resultan los romanos el pueblo más civilizado de cuantos Dios crió... Ya las llevaré á ustedes á que se asomen á la Cloaca, que es sencillamente un asombro. Bien: figúrense ustedes las dos ciudades. Alba, una aristocracia cerrada y feroz: al que cogían me lo trincaban y me lo hacían esclavo; derecho de ciudadanía, á

nadie; unas instituciones de echarse á temblar sólo con leerlas... Bueno; pues llega Rómulo, que debía de ser un mocito despa-bilado, y les planta en frente otro pueblo, pero donde se admite á todo el mundo, y todos son ciudadanos, y hay libertad y derecho. Y aquí empieza la función entre Alba y Roma. Ahí tienen ustedes á los romanos y á los sabinos mirándose de reojo desde las dos alturas del Palatino y el Capitolio. Pero como ven en medio esta extensioncita, aquí se reúnen y se tratan; esto es terreno neutral. Para eso servía entonces el Foro. Nada, que aquí donde estamos nacieron las instituciones romanas, porque sí, porque aquí tenían que nacer. Esta gente vivía, en cuanto al gobierno, en forma colectiva y pública. Ningún pueblo ha respirado mejor. Vuélvanse. Miren el arco de Septimio Severo. Pues allí, allí existieron los célebres Comicios. Y allá la Curia. ¿Observan ustedes ese sistema de escalinatas? ¡Qué bien representan la constitución de Roma! Abajo el pueblo; los nobles un poquitín más en alto, y el Senado encima, imponiéndose á tirios y troyanos. Anden ustedes un poquito... mucho ojo con esas escaleras... ¡La mano! Eso es... Que ninguna ciega se me

desgracie, por Cristo... Aquí, acérquense ustedes aquí. ¿Ven este montón de piedras? Son... ¡poca cosa! Son los Rostros.

—¿La tribuna de los oradores?

—¿El sitio desde donde soltó Cicerón las Catilinarias?

—¡Ah! ¿Es aquí donde estaban las proas de las naves cartaginesas?

—Caballito, señoras... ¿Ven ustedes? Aquí se colocaba el orador, todo descubierto, para que accionase con nobleza y no hiciese gestos ridículos... Desde aquí habló muchas veces César, y detrás ¡noten! había estos burladeros para poderse escabullir cuando la cosa acababa á capazos... A César, sus partidarios, que se colocaban por aquí, ¿se enteran ustedes? le protegieron mil veces la retirada para que no dejase la piel... Luego, como César era larguito y conocía las mañas de los Rostros, así que subió á dictador los mudó de sitio diciendo que aquí no estaban bien, y con ese pretexto les quitó importancia y los dejó en segundo lugar. Claro, al Imperio no le hacía gracia la tribuna dichosa... y le dijo: ¡chitón! Hacia aquí... por este lado, aquí mismo, estaban las tiendas, y aquí cogió el tremebundo de Virginio, del mostrador de un

carnicero, el cuchillo para acogotar á su hija, después que el triunviro Apio le jugó aquella mala pasada... Miren ustedes los restos de la basílica de Catón. En las basílicas se reunían los romanos á vender, comprar, charlar y saber noticias: las basílicas eran algo así como el Mentidero, la Puerta del Sol y la Bolsa de Roma... Pues consideren ustedes este mogote que casi no representa nada en la historia del mundo. Es el famoso *ombligo de Roma*, la miliaria áurea, el centro del mundo por unos cuantos siglos: de aquí partían todas las medidas de todo el universo... Miren ustedes este pluteal. ¿Ven ustedes ese arbolito esculpido ahí? Es el *ficus ruminal*, la higuera sagrada: á su sombra dicen que la loba amamantó á Rómulo y Remo; ese *ficus* vegetó muchos años en el Foro, y al venir el Imperio se puso mustio y se secó, con gran sentimiento de todos los romanos... El pastor que está al pie del *ficus* es el marido de la loba ó lupa, el *nodrizo* de los gemelos... Anden ustedes un poco más, que encontraremos el templo y el convento de las Vestales.

—Como quien dice, las Salesas Reales de Roma.

—Eso. Fíjese usted bien. Aquí estaba el área del templo de Vesta: esta escalinata y estas bases de columna son de él aún. Esto se ha descubierto hace muy poco: el Gobierno se gasta unos cuantos milloncejos en desenterrar la Roma antigua. Mire usted: al lado del templo—atención, unas gradas: no se me caiga ninguna de ustedes—tenían estas buenas señoras su conventito, que era una maravilla de lujo. Ahora estamos en el locutorio. Raspo un poco la tierra... ¿Ven ustedes el mosaico? ¿Ven los restos de los jaspes y pórfidos que lo revestían? Por este rincón anda el molino donde molían la harina para los sacrificios. Aquí está la piedra. Pues ahora van ustedes á ver lo que habían discurrido las pícaras de las monjitas para cuidarse. Entren ustedes en esta habitación. Observen el suelo. Como este sitio era muy húmedo, porque todo el Foro fué y será un pantano, imagínense ustedes qué se les ocurrió: rellenan las fundaciones con ánforas de barro...—ahí las ven ustedes,—y luego ponen el pavimento encima. Que les echasen reúma á las Salesas romanas. Vean ustedes: por ahí arriba tenían sus habitaciones; vivían en el piso segundo. Y aquí tenemos arrimadas al muro las esta-

tuas de las Vestales más notables... Son retratos fieles, porque ya saben ustedes que la escultura romana retrata; no busca el ideal, como la griega.

En efecto, hasta una docena de blancas estatuas, envueltas en graciosos y cándidos paños, muy castos y finos, con algo de monástico en la pudicicia del traje y en la disposición del velo que les ciñe la cabeza, yacen pegadas á la pared. Recuerdan la Doña Inés del *Tenorio*: son religiosas de hoy, de nuestros días. Empezamos á examinarlas, con el interés que les presta el saber que estas mujeres de mármol vivieron.

—Esta era guapa... ¡Qué manos tenía tan lindas! Y qué joven... ¡Ay, ésta qué fea y qué vieja! En cambio, la que sigue... ¡vaya una buena moza! ¡Qué bien le caen los hábitos!

—Oigan ustedes... Por aquí estaba la Suburra, un barrio empecatado, lo peor de Roma; y tan cerquita de las Vestales... por más señas que en él vivía César; vamos, tampoco era la mejor vecindad para estas señoritas... ¿No les parece á ustedes?

—¡Bastante mala!—respondimos todas á coro.—Y como al fin estas monjas paganas sólo hacían votos por diez y ocho años, y

entraban y salían y eran algo andariegas...
¡vaya usted á saber! De modo que Julio
César...

Al extinguirse las risas, pensé para mí
sayo: ¿puede haber mejor prueba de la vida
que posee esta explicación histórica? ¿Pues
no estamos despellejando á las Vestales y á
César lo mismo que si fuesen contemporá-
neos nuestros?

JORNADA FLORENTINA.

FLORENCIA 11 DE ENERO DE 1888.

Pasar un día en Florencia la bien empedrada, y pasarlo así, queriendo verlo todo, aunque sea al vuelo, es darse una indigestión de arte, quedarse aplastado bajo el peso de tantas magnificencias, y desesperarse ante la imposibilidad de entender lo visto, de asimilarse algún jugo. Florencia requiere quince ó veinte días de religiosa contemplación, y creo que ninguna ciudad puede estampar en el espíritu del artista huella más seria y educadora. Porque Florencia es una afirmación categórica, robusta, inteligible desde el primer instante; una armonía perfecta, una cadena de esmalte y rubíes, en que ni un solo anillo falta. En Florencia no hay aquella serie de capas geológicas sobrepuestas de Roma, que desasosiegan el ánimo, desorientan, imponen el contraste, la antítesis, y, al fin y al ca-

bo, entristecen por la contemplación de las grandezas fenecidas y de las vicisitudes y tragedias históricas. En Florencia—la ciudad más monumental y más rica en obras de arte que acaso adorna al mundo—no encuentra el viajero *una sola ruína*, y, por consiguiente, no le asalta esa *morbidezza* lírica y ensoñadora, complicada y llena de pesimismo, que causan los desmoronados torreones, los derruídos claustros, las celdas vacías y desiertas; al contrario, experimenta un sano sentimiento de equilibrio, reposo y admiración desinteresada y perfecta, totalmente clásico: el sentimiento que debe experimentar el escultor cuando caen al suelo los paños que cubren á un modelo de ideal belleza.

Por desgracia, para fortalecerme y bañarme en estos corrientes, cristalinos y puros raudales del Renacimiento italiano, dispuse solamente de veinticuatro horas—es decir, de doce, pues la noche no se cuenta.—Salí de Roma la mañana del 10: pensé haberlo hecho la víspera, en la grata compañía de Vildósola, el antiguo amigo y compañero de legislatura de mi padre, y cono- cidísimo director de *La Fe*; pero uno de esos quidproquos tan fáciles cuando se viaja con

billete circular, ocasionó que Vildósola se metiese en un tren donde creía que íbamos ya rodando Ortega Munilla y yo, y pensando reunírseos, se adelantase á nosotros y nos precediese en el camino de Florencia á Venecia. Al sumergirme en el mar de las grandezas florentinas comprendí que era preciso, á semejanza del codicioso á quien le presentan tesoro riquísimo de monedas, joyas y preciosidades, no pudiendo cogerlas todas, elegir y reservarse alguna, á reserva de volver, cuando las circunstancias se lo permitan, á apoderarse del resto.

Si Florencia no es la cuna, es el emporio del arte italiano, y en el recinto de sus muros alentaron la lengua y las letras toscanas, que obtuvieron en Italia la misma hegemonía que las castellanas entre nosotros. Aún dora su ambiente un reflejo de la munificencia medicea, del imperial esplendor de aquella familia que supo entender que el dinero nunca se emplea tan bien como gastándolo en fomentar el florecimiento artístico. Rebosan en Florencia las obras maestras de la pintura y la escultura; la inspiración mística, movida y vivificada por un aura renaciente, se derrama en las paredes de sus templos incomparables; y esos

nombres que en otros países hacen inclinarse las frentes y cruzar por el alma un soplo de sagrado terror—Dante, Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo,—son aquí familiares y suenan en labios de todo el mundo cual si fuesen de amigos que acabasen de pasar por la calle ó de despedirse la víspera saliendo á corto viaje de recreo. A donde quiera que convirtamos la vista nos deslumbra el brillo de algún astro de primera magnitud: el ático donaire, la cargada intelectual del Renacimiento salta en cascadas de luz desde los labios de Boccaccio y el Aretino; la flor de la pintura se abre en manos de Giotto, y la más suave y delicada concepción del arte cristiano flota como ideal perfume sobre las tablas del Beato Angélico. Pero aquí lo gótico—que abunda, á pesar del predominio del Renacimiento puro—no tiene ese tinte doloroso y sombrío que le comunicó en otros países la influencia del Norte. En lo gótico de Florencia percibimos la alegría y el ritmo feliz, la calma reparadora, la medida y proporción que distinguieron á Grecia; así es que la transición desde los prerafaelistas al Renacimiento es insensible, y el ángel se vuelve hombre sin advertirlo. En estas iglesias no se concibe

la invectiva blasfema de Josué Carducci, cuando acusa al cristianismo de crucificar el alma humana, de inficionar el aire de tristeza y de asombrar la hermosura y el júbilo de la creación.

Repito que para no sucumbir abrumada por tanta hermosura artística, para no ahogarme en este río de ambrosía y néctar, hube de elegir... y opté por las estatuas que adornan un sepulcro.

Por orden de un Papa Médicis, aquel genio sin par que se llamó Miguel Angel y que señoreó con igual poderío la arquitectura, la escultura y la pintura, sin renunciar al poético lauro, erigió el mausoleo donde la familia de los magníficos señores de Florencia durmiese el eterno sueño coronada por las artes que le debieron impulso. El alma del artista patriota sangraba, sin embargo, al ver decaídas las instituciones de su patria, de la libre república medioeval, y en vez de expresar con el cincel la gloria de una raza ilustre y de recordar á una dinastía reinante la pérdida de sus miembros, tradujo algo más grave y más hondo, la libertad marchita, la ciudadanía aherrojada y exánime. Quien mire estas cuatro estatuas famosas, la Noche, el

Día, la Aurora y el Crepúsculo, piensa oír el ronco gemido que exhalan, y las ve hostas y tétricas, penetradas del mismo sentimiento que torturaba el espíritu del escultor. Yo no me atrevo á despertar ahora—ante una maravilla reconocida y acatada por todo el mundo—el eco apagado de lides estéticas recientes, ni quiero hacer de Miguel Angel un precursor del naturalismo; pero aseguro que el arte miguel-angelesco en las estatuas de la tumba de los Médicis es lo más real y humano que conozco. Procede de Grecia por la robustez, la pujanza y la verdad anatómica; pero va más allá que la concepción clásica, pues busca la expresión y rompe cierto convencionalismo de armonía y elegancia sobrenatural á que Fidias y Praxiteles rindieron tributo.

Largo tiempo permanecí admirando las cuatro estatuas, subyugada por la fuerza y el empuje del titánico cincel que las arrancó del bloque donde todavía permanecen medio incrustadas. Ni la Noche ni la Aurora son bellas: al contrario. El desnudo que enseñan es el de mujeres ya desfiguradas por los años y la maternidad: no lucen aquel seno alto y mórbido de las Venus atenienses; no el vientre puro y liso como una val-

va de nácar; no el brazo redondo y la garganta y muslo semejantes á fustes de columnas corintias. Son hembras que han vivido y sufrido; pero tan grandiosamente comprendidas, hechas con tal amplitud dramática, que nos comunican la indignación y el dolor que late en sus flancos fecundos. Su enigmática actitud de reposo no engaña á nadie: duermen, pero vigilan; parece que dicen por boca del que las creó:

«Me es grato dormir y ser de piedra mientras duren el daño y la vergüenza de la patria: tengo á dicha grande no ver ni sentir: no me despiertes pues... ¡Habla bajo!»

Por la tarde, cuando ya el Arno se teñía con los fulgores del poniente, subimos á San Miniato, para ver á nuestros pies extendida la aristocrática, la señorial ciudad. La nieve cubría el severo perfil de las montañas; el coche iba al paso, y contemplábamos á Florencia coronada con una tiara de brillantes—la refracción del sol en la cristalería de sus palacios, basílicas y torres.—El frío era tan vivo y glacial, que nos estremecíamos al mirar la desnudez de bronce de las estatuas. No recuerdo panorama más noble, más augusto. Al mismo tiempo, la

soledad y la melancolía de la princesa destronada iba causándome un género de pena que llamaré *la pena de lo grandioso*: el vértigo de la admiración continuada y violenta, que enerva y rinde.

des-
pena
éрти-
enta,

UNA VISITA

Á SAN ANTONIO DE PADUA.

PADUA 13 DE ENERO DE 1888.

En mi itinerario de viaje circular por la Italia del Norte, el punto culminante era la detención en Venecia, donde he pasado dos días memorables tratando y estudiando al duque de Madrid, más conocido de mis compatriotas bajo el castizo nombre de *Don Carlos*. He tenido la satisfacción de que el representante de *El Imparcial* en la romería española, Ortega Munilla, al manifestarle mi propósito de llegar hasta Venecia y saludar al biznieto de Carlos IV, se declarase determinado á emprender la misma expedición con igual objeto, indicándome que después de ver y hablar á Don Carlos de Borbón y Este, escribiríamos nuestras impresiones en sendos artículos que, tirados á dos columnas, verían juntos la luz en

el periódico más leído de España. Y quiso mi buena suerte que, realizada la entrevista, ó mejor dicho, las entrevistas con el dueño del palacio Loredán, Ortega Muñilla me participase que prefería romper la marcha y enviar delante sus impresiones, apenas se lo permitiese la premura del tiempo y un ligero resfriado que le molestó durante la estancia en Venecia. Ni de encargo me podían haber salido mejor las cosas. Porque imagino que si el público lee con algún interés mis trabajos, lo debo á la franca libertad con que dejo reflejarse en ellos el pensamiento ó la emoción artística; porque presumo que ni la amistad me ciega, ni me engaña el instinto, ni, en suma, podría, aunque lo intentase, dar gato por liebre á mis lectores; y sentiría á par del alma que, al tratarse del duque de Madrid, la justicia y la verdad que guiasen mi pluma se confundiesen con rastros de fiebres políticas que me calentaron la cabeza cuando tenía pocos años y mucha necesidad de invertir de algún modo las energías de mi activo espíritu. Acusación de que me veré salvada habiéndome precedido y abierto camino una persona como Ortega Muñilla, á quien nadie tendrá la ocurrencia

de llamar carlista ni reaccionario siquiera.

Quédese, pues, Venecia, sus románticos canales, sus misteriosas góndolas, el palacio Loredán y su dueño para dentro de unos días, y ahora séame lícito prestar vida á una borrosa imagen de la Edad Media, que ya refresqué en mi *San Francisco*: á un fraile, cuya basílica es ejemplar curioso de ese estilo oriental del bajo imperio, que tan típica representación posee en la de San Marcos de Venecia.

Dista Padua de la reina del Adriático una hora de ferrocarril, y todo el tiempo que duró el trayecto vimos á ambos lados del tren las lagunas, ápacibles y verdosas como luna de espejo veneciano. Si se alzaba de su seno angosta zona de tierra firme, la cubría una delgada capa de nieve.

Apenas saltamos en la estación de Padua, comprometimos un desvencijado landó que nos condujo á la basílica del *Santo*; el *Santo* por antonomasia, aquél cuya memoria y culto se conservan tan vivos aún, que el único altar de Florencia que ví guarnecido de exvotos, de guirnaldas, de corazones de oro y plata, cuajado de luces, es el suyo. Ni en Italia ni en España conozco devoción más ferviente que la que San An-

tonio de Padua infunde. Cariño popular, confianzudo y democrático. San Antonio de Padua, á la vuelta de siete siglos, no ha cesado de ser confidente y consolador de las pequeñas desdichas domésticas; el que encuentra el dedal que se le pierde á la costurera y la moneda de plata cuyo extravío es causa de que la infeliz criada vea puesta en tela de juicio su honradez; el Santo, á quien representan las esculturas case-ras risueño, sonrosado, frescachón, entrete-nido en tierno jugueteo con el niño Jesús, que desnudo y gordezuelo retoza amable-mente con el fraile franciscano, de redon-do cerquillo y extática sonrisa. Pues este Santo familiar, burgués, cuyas aras parece que en vez de olor á incienso deben espar-cir el sano perfume de espliego de los ho-gares modestos y honrados, fué—y la ma-yor parte de sus devotos quizás lo ignoran,—un tribuno de las libertades italianas, un defensor de la plebe contra la soberbia de los poderosos, un jurado enemigo de la ti-ranía, un martillo de los déspotas á quienes derribó á sus pies, sin emplear más medios ni más armas que su oratoria inflamada y persuasiva, su inquebrantable firmeza, su ardiente compasión por los humildes.

Había en el siglo XIII en Padua dos hombres, tan aborrecido el uno, que se le creía hijo del demonio; el otro tan adorado, que el pueblo se disputaba hilachas de su sayal. El primero disponía de tropas numerosas y aguerridas, y en las sombrías cárceles donde velaba su guardia de sicarios, entraba hacha en cinto el verdugo para segar la cabeza de paduanos que sólo habían delinquido en no poder pagarle el oneroso tributo ó en no rendir á su opresiva dominación la dignidad de ciudadanos libres. El segundo no tenía más que su lengua, incansable en predicar, en anatematizar la iniquidad, la rapacidad, la vejación, el derramamiento de sangre; y cuando la multitud no se atropellaba por oírle, los peces del Adriático salían de las azules olas y se apiñaban en la ribera, como los delfines del Archipiélago griego para escuchar los versos órficos.

Un día el tirano Ezelino, el enemigo de Dios, el hijo de Lucifer, quiso seducir con presentes al franciscano taumaturgo, á San Antonio, el amigo de los pobres; y el fraile mendicante se rió del soborno, como se había reído de las amenazas de muerte. ¿Qué le podían importar las riquezas á él, que había abierto el pecho de un avaro y

extraído en vez de corazón una piedra? Para el milagroso fraile luchar con el lobo Ezelino era un juego. Todos los días, en aquel siglo de dureza y crueldad, se le veía interponerse entre el marido celoso y la esposa trémula; conceder voz articulada al infante para defender la honra maternal, y resucitar á la mujer asesinada, cuando ya por la herida que abrió el puñal del cruel señor había corrido toda su sangre. Esto era San Antonio de Padua.

Detrás de triples puertas de plata sobredorada, repujada y cincelada con adornos delicados y exquisitos; sobre una gradería de mármol y jaspe, un sacerdote, revestido con alba y estola, murmurando en latín, en voz llena de unción, el responso conocidísimo,

Si buscas milagros, mira. .

me enseñó, al través de los cristales de gótico relicario salpicado de piedras preciosas, un pedazo de carne amojamada, oscura, pero donde se reconoce muy bien la forma de una lengua humana. Es la del taumaturgo. Es la lengua bienaventurada que nunca pronunció sino palabras de caridad y amor, ó de indignación y santa cóle-

ra contra los malvados; que no se encenagó en los deleites de la gula y de la materia, sino que como lengua de fuego derritió los corazones y llamó sobre la cabeza del tirano la maldición divina. Henchidos están los tres departamentos del relicario de preciosidades artísticas, de primores de orfebrería y esmalte, de cálices empedrados de brillantes, de portentos del cincel y el buril; mas lo confieso, aquel trozo negro de carne momia era lo único que me infundía veneración.

Y cuenta que en la basílica rebosan las obras de arte y las curiosidades de toda especie. Los relieves, cancillas y estatuas de bronce, en ninguna iglesia del mundo tan numerosos, pueden ponerse al lado de aquellas puertas del bautisterio de Florencia, que Miguel Angel creía dignas de cerrar el paraíso. El carácter oriental de la basílica, con sus cúpulas bulbosas y sus agudos minaretes, armoniza perfectamente con el de la capilla donde descansa el cuerpo del Santo, y que más que capilla debo llamar camarín de sultana mora, alumbrado por infinitas lámparas como para una fiesta, y realizado por los dos colosales candelabros de plata, los más suntuosos que existen en

el orbe. Pero tantas riquezas, sin excluir la deslumbradora del tesoro, no valen la sagrada reliquia de la lengua del Santo y desus dientes, conservados en otro relicario no menos magnífico, digno del escaparate de un Museo.

Esta iglesia bizantina, fastuosa, recargada de ornato, barroca á veces, encierra algunos claustros donde veo, mejor que en el camarín oriental, al discípulo de San Francisco de Asís: claustros de arcos severos, románicos, incrustados de viejas sepulturas, solitarios, de una tranquilidad reparadora. Igual aspecto apacible se advierte en toda la ciudad de Padua. Los soportales que en ella abundan le prestan un recogimiento especial, de pueblo antiguo, y dan sello arcáico á los establecimientos más vulgares. Mi excelente amigo el director de *La Fe* y yo entramos en una confitería persuadidos de que era una iglesia: tan bellos arcoscalados, tan lindas cresterías y rosetones la decoraban.

Lo que nos divirtió infinito fué el dédalo de arcadas, bóvedas, callejuelas, plazoletas y columnatas en que nos perdimos buscando la entrada de una torre que debe de ser fantástica figura y no construcción real de

ladrillo, pues por más vueltas que dimos no fué posible hallarle acceso.

En cambio encontramos una ridícula estatua de Victor Manuel: la facha mas cómica que han visto ojos humanos. Desde Donatello, que fundía en bronce la encantadora figurita ecuestre del general veneciano que campea en el atrio de San Antonio, hasta el autor del mamarracho que estamos viendo, ¡qué Calvario han recorrido las artes en Italia! Miremos siempre hacia atrás; el pasado se ríe del presente.

LORETO.

ANCONA 14 DE ENERO DE 1888.

En todas partes voy encontrando fragmentos de la romería, grupos de españoles que, después de la audiencia papal, se desparramaron por Italia. Anteayer, cruzando en góndola bajo el terrorífico puente de los Suspiros, me saludaron desde otra góndola con el *felices días* más castellano del mundo; hoy, por las naves de la basílica lauretana, no he oído resonar sino el idioma patrio. Es entretenido de veras escuchar lo que cuentan los españoles de sus andanzas y aventuras, sobre todo en Nápoles. Regresan horrorizados de la subida al Vesubio. El caso no es para menos. Veintitantas pesetas de coche; treinta y tantas de ferrocarril funicular; veinticinco por ser llevados en silla hasta cerca del cráter; seis por agarrarse á una cuerda; y todo para recibir en la cara un humo asfixiante y ver

un poco de ceniza, donde á cada paso que dan se hunden medio metro, entre el pánico de ser robados ó precipitados al cráter, la fatiga de una ascensión casi vertical, y la aprensión de que el volcancito tenga la humorada de pegar un bufido atroz y escupir por el colmillo un par de torrentes de lava. Escandaliza también á mis compatriotas el modo de ser de los italianos, y dicen que no se ha visto gente más pedigüeña y hambroña.

Aquí piden dinero por enseñar una calle, por levantar el pestillo de una puerta, por mudar de sitio una silla, por el hecho de que uno se vuelva y les mire á la cara. Verdad es que con unos cuantos perros chicos de Víctor Manuel se contentan, y aun llennan al dador de gracias y bendiciones.

El santuario de Loreto es una curiosidad devota, que atrae todos los años la asombrosa cifra de medio millón de peregrinos á la Marca de Ancona. Su origen se remonta á la fundación del cristianismo. Asegura piadosa tradición que los Apóstoles consagraron á iglesia la casita de Nazaret donde nació la Virgen, colocando en ella un altar de piedra en el cual San Pedro celebró la primera misa, una cruz grie-

ga de madera con la imagen del Redentor pintada, y una imagen que representaba á la Madre de Dios, tallada en cedro por San Lucas. Saqueado Nazaret el año 74 de la era cristiana por Tito, se salvó milagrosamente la casita, y más adelante, Santa Elena, madre de Constantino, fué á visitarla en peregrinación, y la hizo ceñir de fuerte muro de piedra sillar, erigiendo un templo que la rodeaba y cobijaba toda.

Desde que la devota emperatriz dió el primer paso, siguieron el ejemplo los cristianos de su época, y á partir del siglo iv la casa de Nazaret es objeto de culto fervoroso y ardiente. Los paladines que Tasso cantó en su *Jerusalén libertada*; los Templarios de blanco manto y roja cruz, la defienden con igual celo que defendían el sepulcro de Cristo. San Luis, libre apenas del cautiverio del Soldán, se viste un cilicio y va á llorar lágrimas de gratitud sobre el pavimento de la *dimora casta e pura*. Pero las Cruzadas desmienten las esperanzas de la cristiandad; el infiel señorea los Santos Lugares, y lan oche del 10 de mayo de 1291, reinando en Oriente Andrónico II, en Occidente Rodolfo de Hapsburgo, en el Vaticano Nicolás IV, los ángeles transpor-

tan la casita de Nazaret á las playas del Adriático, en Dalmacia, para evitar que la profanasen los sarracenos. Gran asombro causó allí la aparición de la casita de forma arcáica y oriental. Notóse con sorpresa que no tenía sino una angosta ventana; que en sus paredes estaban colgados los utensilios caseros de una familia pobre, escudillas de barro, de esas en que las madres dan de comer la sopa á sus hijitos. El obispo Alejandro asegura que aquélla es la misma casa de la Madre de Dios de Nazaret; el pueblo dálmata se entrega á demostraciones de alegría; pero la satisfacción le dura poco, pues á los tres años los ángeles vuelven á tomar la casita en peso, y de Dalmacia se la llevan á un viejo bosque de laureles, consagrado tal vez á alguna divinidad pagana, situado en un lugar poco distante de Recaneti. De laureles era el bosque; su dueña, una rica señora llamada Laureta; el confín marítimo, de Loreto se nombraba.

Todavía no pararon aquí los viajes de la casa de Nazaret. Como la espesura de laureles sirviese de guarida á malhechores que asesinaban á los peregrinos, los ángeles la colocaron á poca distancia de allí, en sitio despejado y accesible, y pasado algún

tiempo, la corrieron algo más lejos, á donde actualmente se encuentra.

Me apresuro á advertir que no se incurre en herejía por no dar fe á estas milagrosas y reiteradas traslaciones; así me lo ha afirmado un padre capuchino de quien hablaré luego; y añado que, juzgando según las reglas de la crítica humana, la casa tiene un carácter de autenticidad y antigüedad marcadísimo; todo lo que en ella se ve—pie-dras, ara, frescos ya borrosos y ennegrecidos, imagen de cedro, cruz griega, escudilla,—ofrece el mismo sello arcáico.

Los escépticos razonables sin dejar de ser creyentes pueden arreglar el asunto admitiendo que la casa es, en efecto, la de la Virgen, y que por salvarla de ultrajes y depredaciones de infieles, los cristianos la transportarían secretamente á la primera costa en que pudieron abordar, y luego á los sitios más favorables para que recibiese el debido culto. De todas suertes, el edificio resulta sacrosanto y venerable por extremo.

El santuario lauretano creció en fama, riquezas y afluencia de peregrinos; se erigió una basílica suntuosa que lo encerrase y resguardase como la concha á la perla, y en torno suyo se formó una villita muy po-

blada. Hoy el interior de la santa casa ofrece aspecto sumamente interesante. Por fuera, el arte la vistió de ricos relieves de mármol; dentro, se ve la pobreza y desnudez de los humildes muros, que iluminan infinitas lámparas de bronce—las de plata se las llevó Napoleón, que solía arramblar con todo lo que hallaba á mano.—Y entre el marco de estas paredes parduzcas, de oriental sabor; en el fondo de la casita, al resplandor de las luces, se ve algo que deslumbra y ciega, algo semejante á un ídolo asiático, una Virgen de negro rostro incrustada en una funda de forma de campana, donde, sin exageración alguna, no hay ni el espacio de un dedo que no esté cubierto de piedras preciosas: las turquesas enormes, los zafiros, los carbunclos, las esmeraldas y los brillantes despiden reflejos encendidos é irisados, y parece la obscura casita de los viejos muros caverna encantada de *Las mil y una noches* que oculta y cela tesoro riquísimo.

¿Creéis acaso que la negra beldad no posee más joyas sino esas que fulguran en diadema sobre su frente y la visten desde la garganta hasta los pies? Penetrad en la sala de las ofrendas, y allí, en múltiples es-

caparates, veréis las sartas de perlas, los tembleques de diamantes, los anillos, los broches, el coral y las ágatas en profusión suficiente para enfundar de nuevo á la Virgen lauretana si le faltase la túnica de pedería que hoy ostenta.

Los romeros nos arrodillamos y oímos misa, á las dos y media de la tarde, en el altar que domina esta imagen negra; pues en Loreto hay facultad de celebrar el sacrificio á cualquier hora del día, mientras se presente sacerdote dispuesto á ofrecerlo. Terminada la misa, un capuchino español, armado con una caña que remata en dos candelas encendidas, nos va enseñando las cosas notables que encierra la santa casa.

El capuchino es una figura característica, digna del pincel de Goya. Veintidós años lleva en Italia, y habla andaluz tan cerrado como el primer día. El nombre de Padre Málaga le cae divinamente: quitadle el sayal de su Orden; recortadle un poco la barba inculta para que se convierta en patillas de boca de hacha; suponedle vestido con marsellés, faja, botines de cuero pespunteado y calañés torcido, y tendréis un tipo de romance de Franquelo ó de una *Es-*

cena del Solitario. Habla con la animación, el colorido, la viveza de los campesinos andaluces; se vuelve loco de contento viéndose rodeado de gente de su tierra. Cuando nos está explicando el camarín de la Virgen, una francesa le ruega que alce más la voz para enterarse, y él responde con mezcla de desabrimiento, énfasis y gozo:— Hablo ezpañol y ezplico á ezpañolez; por mucho que alse la vos, ¿qué va uzté á entender?

Una romera se inclina disimuladamente para tomar un fragmento de piedra del santo muro. La aviso que en las Catacumbas hay excumunióñ mayor para los que intenten estos piadosos hurtos ó lleven en la manga el inseparable martillito de las iglesias coleccionistas, y á poco, el Padre Málaga, ceceando y comiéndose el final de cada palabra, nos refiere cómo dos cerquillos de hierro incrustados en la pared de la casa señalan dos piedras cogidas en mal hora por gentes que después, habiendo experimentado en sí ó en su familia los efectos del enojo divino, hubieron de restituir aquellas reliquias preciosas. Con esto, y con bendecir y sellar graciosas escudillas de mayólica, medallas y campanillitas con-

tra la tormenta, se nos fué escapando el día y llegándose la hora de regresar á Ancona para tomar el tren.

Cuando salíamos de Loreto, volví tristemente la cabeza hacia Recanati. Allí, en una colina que casi veíamos y que dista de Loreto hora y media de coche, está la villa natal de Jacobo Leopardi, el *natio borgo selvaggio* en que el gran poeta que supo envolver la desesperación moderna en el noble *peplum* del dolor antiguo y clásico, pasó su niñez solitaria y parte de su amarga juventud. ¡Recanati! Para los que no hemos perdido el cariño á la poesía lírica, á pesar de la reciente defensa que de ella hizo Núñez de Arce, ese pueblecillo está en el mapa.

.....

Esta postdata, escrita en Madrid, la ocasiona la carta que me dirige por el correo interior un italiano quejoso de que mis noticias sobre el Vesubio dejan mal parada la honra de su nación. El corresponsal anónimo echa la culpa de todo á la inexperiencia de los romeros, que son, según dice, malos viajeros y peores observadores. Pero en cambio, añado yo, son excelentes pagadores, y váyase lo uno por lo otro. Me reco-

mienda el ejemplo de Edmundo de Amicis, que al hablar de España antepuso la poesía á la verdad. Yo siempre he creído que deben ir juntas. Por lo demás, aunque nos desuellen fondistas y cicerones, Italia es tan hermosa, que allá volveremos de coronilla así que nos lo permita el tiempo.

ACQUA VERGINE.

LOURDES 21 DE ENERO DE 1888.

Felices los pueblos que no tienen historia, dicen por ahí, y yo añado que otro tanto puede afirmarse de los romeros cuando viajan. El regreso nuestro no ofrece lance alguno: venimos navegando en una balsa de aceite. Verdad que somos un grupo contado de veinticinco personas no más. El grueso de nuestros compañeros salió de Roma en dos tandas: una el día 8, después de la audiencia de León XIII; otra el 17, después de la solemne ceremonia de la canonización; y nosotros nos quedamos rezagados hasta el 18, en que emprendimos la vuelta sosegada y gratamente, aprovechando los mejores trenes, y pareciéndonos mentira que fuese aquél el mismo camino por donde un mes antes habíamos rodado como pelotas, sufrido persecuciones y calamidades sin número, cabeceado de sueño detenién-

donos á horas increíbles, y asaltado las cantinas de la estación para beber cuatro sorbos de caldo, mientras el silbato de la locomotora se mofaba de nosotros como un pájaro burlón, convirtiendo en segundos los minutos reglamentarios.

La impresión del regreso en mi alma es la de una restauradora paz y una cordialidad infinita de la naturaleza. Hace un tiempo primaveral, delicioso; pasamos de día por Niza, Monte Carlo y San Remo, y los ojos se nos deslumbran con el riquísimo azul del Mediterráneo y el verde y oro de los naranjales, que nunca se acaban. ¡Cuán poco artística es nuestra época, al menos en lo que se refiere á arquitectura! Estas ensenadas, que parecen otras tantas conchas llenas de líquido záfiro; estos huertos de naranjos y laureles, dignos de servir de refugio á la ciprina diosa, piden á gritos el edificio circular, la columnata en que el sol juega libremente, el ático de mármol y el patio descubierto de mosaico, con su piscina donde nadan los rojos pececillos de Venus. Á la edad moderna no se le ha ocurrido cosa mejor que sembrar este mitológico país de los horribles hoteles que ahora se estilan, grilleras de ladrillo, cal y pizarra,

en cuyas fachadas, teñidas del rosa salmón más inicuo, se ostenta el gigantesco reclamo de un dentista norte-americano ó anuncios del agua maravillosa de *Sarah Félix*... ¡Ah, siglo décimo nono! ¡Ah, siglico de cartón!

Al caer de una tarde no menos serena que las anteriores, nos bajamos en Lourdes, pues de esta vez, para que todo marche viento en popa, hasta se nos consiente descansar en la santa montaña y verla y recorrerla. Apenas nos suelta el coche en el hotel y nos quitamos el polvo de las manos y cara, emprendemos á pie el camino de la gruta. Brillan en el cielo las estrellas con centelleo misterioso y apacible; en la atmósfera, tibia y muda, flota el olor de los pinos; el silencio es majestuoso, y la tranquilidad incomparable, sobre todo así que logra uno zafarse de las quince ó veinte mujercas bearnesas que le asaltan para venderle un cirio, alegando que son muy *po-bretas* y han menester *ouna limousneto*. Consiguiendo espantar á estas pegas de montaña, se baja por las enarenadas sendas del parque hasta que, á una revuelta del camino, nos detiene, sobrecogidos de respeto, claridad vivísima, la luz de centenares de

cirios que, favorecidos por la quietud del aire, se consumen al pie de la blanca aparición incrustada en el sombrío hueco del peñascal. No se escucha sino un rumor argentino, tenue, como el desgrane de una sarta de cuentas de cristal sobre una superficie lisa: son los tres caños de la fuente milagrosa, que brotó del suelo árido al lacerarlo con sus uñas febriles la vidente Bernardeta.

Apoyando la frente contra la verja de hierro que de noche defiende la gruta sin ocultarla, las romeras rezan y sollozan; yo miro fascinada el espectáculo, y me parece que la cándida Mujer va á abrir los labios y á pronunciar con voz más musical que el rumor de los pinares: «Soy la Inmaculada Concepción.» El techo de la gruta está erizado de una selva extraña, una selva de troncos muertos, sin hojas ni raíz... Son muletas, muletas á centenares, muletas á miles; muletas de cojos y de paralíticos, muletas forradas de terciopelo con clavos de plata y muletas de palo de espino sin desbistar; el sostén del rico inválido y el triste puntal del callejero mendigo... Los que un día usaron esas muletas, salieron de la piscina de Lourdes arrojándolas, como

arrojó su camastro el tullido del Evangelio, y se fueron de aquí andando por su pie, locos de júbilo... Virgen blanca, la que estás en la negra gruta, tú sabes que en los tiempos que atravesamos rara es el alma que no siente la parálisis parcial ó total, el alma que no gasta muletas. Bien como las alas del ángel movían la superficie de la piscina probática, conviene que tu soplo agite nuestros espíritus. Y entonces colgaremos las muletas en tu gruta, así sean de oro con perlas y esmaltes.

Declaro que en Lourdes lo hermoso es la cueva, la montaña, el panorama; en cuanto á las construcciones, sin exceptuar la basílica y aun la cripta, tienen algo de estilo de confitería, de grandezas de alfeñique, como todas las creaciones del gótico moderno, recalentado y no sentido. ¡Qué delirio, erigir hoy una iglesia ojival! ¡Qué melancolía, seguir el pensamiento del arquitecto, discernir su penoso trabajo de imitación, notar sus esfuerzos estériles por acercarse á los maestros que duermen á la sombra de las catedrales viejas, ó de rodillas al pie de un pilar, como el Mateo que ideó la *Gloria* de Santiago! Yo creo ver á un caballero de gabán, hongo y corbata, que tiene en

el bolsillo el último número del *Fígaro*, y que tal vez sale del café Riche, donde almorzó ostras y *rumsteack*; y este caballero se inclina sobre un papel, con el lápiz en la diestra, y en su memoria, cargada de erudición sacro-profana, rebusca los elementos de un templo gótico, lo mismo que un cocinero tratando de recordar los ingredientes para una ensalada rusa.

Además, para españoles, la devoción francesa adolece de un exceso de pomada: está tan peinadita y tan peripuesta, que casi nos incomoda. Son antipatías de raza, que considero ocioso y hasta perjudicial combatir; importa que cada nación abunde en su propio sentido, y que se mantenga la variedad, base de la gran unidad católica. Lo innegable es que en Lourdes se revela en cada detalle el genio mañero, explotador é industrial de nuestros vecinos. Hospederías cómodas, con buena mesa y lechos blandos; frasquitos primorosos de porcelana y cristal para embotellar el agua; rosarios, medallas, imágenes y cruces; cirios y candelas de todos tamaños; un parque deleitable y unos paseos de lo más romántico y agreste; una abrigada cripta en que oír misa, confesar y comulgar; unos monagui-

llos limpios, guapos, vestidos con el roquete de encaje blanco y la sotana azul, como pajes de la Virgen que luciesen su librea y ostentasen sus colores; unos carruajes de alquiler corredores y descubiertos, en que dará gusto recorrer estas gargantas abruptas, y seguir la orilla del Gave, y ver ponerse el sol tras estos picos majestuosos... todo, en suma, arreglado y dispuesto para que el piadoso peregrino se encuentre como el pez en el agua, y ninguna molestia ó privación le vede saborear el recogimiento y la hermosura de Tebaida tan poética.

Ocho días los entretendría uno aquí con embeleso, ¡quién lo duda! Pero al emprender la vuelta á España, claro que las *saudades* de Lourdes ceden el paso á las de Roma. Allá, en las márgenes del Tíber, dejamos en prenda una porción importantísima de nuestro sér, aquélla con que percibimos el ritmo de la historia y del arte y conseguimos, con ayuda de la imaginación, vivir en los siglos muertos. De Roma me queda en el paladar como el dejo de un licor divino, del cual sólo me dieron á probar unas gotas; y tan luego como me sea posible, allá volveré á apurar la copa,—la copa de ágata, la copa en que van bebiendo por turno

poetas, historiadores, artistas, sin agotarla jamás.

Contaré lo que hice mi última noche romana, y nadie se ría de estas puerilidades. Había comido en el palacio Colonna, á la mesa del conde de Rascón, embajador de España en el Quirinal (una de las notas curiosas en mis apuntes de romera es que la gente del rey Humberto es la única que ha dado señales de advertir nuestra existencia, pues la diplomacia enviada al Vaticano nos ha mirado por encima del hombro, como á visita importuna). Iba diciendo que había comido á la mesa de los condes de Rascón, en aquel palacio vastísimo y espléndido, de techos artesonados, adornado con tapices de un precio fabuloso, con ricas armas orientales incrustadas de coral y turquesas. Durante la comida se habló de la superstición romana, que atribuye al agua de la fuente de Trevi, conocida por *Acqua Vergine*, la virtud de hacer que no se mueran sin volver á Roma los que la beben el día antes de su marcha, á las doce de la noche en punto. Y yo, al oír esto, manifesté bromeando mi propósito de cumplir el rito.

—Aquí la tiene usted,—me dijo el conde

tomando una botella y colmando mi vaso.
—La bebe ahora y no necesita molestarse.
Nosotros siempre gastamos de esta *Acqua Vergine*.

Me callé, guardándome mi intención.
Abandoné el hospitalario palacio un cuarto
de hora antes de la media noche; miré el
reloj, y mandé al cochero:

—*Alla fontana de Trevi.*

Obedeció sin replicar, porque un coche-
ro romano adivina los caprichos de los ex-
tranjeros; la *fontana* estaba á dos pasos:
bajéme, y, desnudándome el guante, metí
la palma en el pilón y acerqué á mis labios
la linfa, más que fresca, helada... Oí por
espacio de un minuto ese ruido sonoro, pla-
teado, del raudal que se despeña en los ta-
zones de granito; volví á tomar un sorbo
de *Acqua Vergine*, y murmuré:

—Hasta la vista, Roma.

EPÍLOGO

I.

DON CARLOS.

Nosotros proponemos y las circunstancias disponen. Pensé escribir estas líneas en mi alojamiento del *Hotel de la Luna*, en Venecia—de cuyas ventanas veía las ondas verdosas del Canalazzo morir besando la escalinata del embarcadero, y desde el cual, en cinco minutos y á pie, podía trasladarme á la plaza de San Marcos, donde una nube de torcaces, pero mansísimas palomas, acude con la mayor desvergüenza á comer en la mano, y si uno se descuida, en la boca del viajero, la ración de maíz.—Y he aquí que estoy trazándolas en mi cuarto de estudio, con vistas á la bahía de Marineda, sobre cuya superficie, que refleja el azul plomizo del firmamento, se columpian botes y esquifes, aunque graciosos, muy diferentes de las venecianas góndolas.

No es lo peor escribir en Marineda im-

presiones recogidas al borde del Adriático, sino hacerlo por vez segunda á causa de extravío del primer original. Mal que le pese á mi amigo el Doctor Thebussem, dignidad de cartero honorario, el servicio de Correos deja bastante que desear (como otras varias cosillas) en nuestra España, y de un paquete certificado que yo enviaba al impresor Sr. Tello y contenía la materia de este epílogo, se sabe ya, después de activas pesquisas, que ni ha sido entregado ni parece por ninguna parte. Supongo que el Estado, con una magnanimidad que le honra, y previa una respetuosa exposición en papel sellado al Sr. Mansi, me abonará 50 pesetas por el mes y medio de retraso que sufre mi libro, y por las 30 ó 40 cuartillas que hoy vuelvo á garrapatear—en cumplimiento de palabras que no por espontáneamente empeñadas obligan menos. —Todo el que haya cultivado las letras en forma artística, sabe cuán insufrible sea volver á tratar un mismo asunto en el breve espacio de un mes. Aquellas páginas perdidas habían brotado de mi pluma caldeadas por el sentimiento, dictadas por recientes sucesos y observaciones: semejante disposición de ánimo no se reproduce. Hoy

sostengo una batalla con las cuartillas, har-
to nueva para mí, por lo mismo desesperan-
te. Ruego al Doctor Thebussem que apli-
que su erudición á discurrir el modo de
que lleguen á su destino los paquetes certi-
ficados. Y basta de proemio.

El objeto de mi viaje á Venecia no era
admirar la soñada ciudad de las lagunas,
con su doble collar de palacios y la inmor-
tal poesía de sus calles de agua y sus gón-
dolas finas y curvas como el puñal de Ote-
lo. Conocía ya á la dogaresa: la había vis-
to en todo su teatral esplendor, alumbrada
por millares de fuegos artificiales y por
guirnaldas de los clásicos farolillos, arru-
llada por serenatas melodiosísimas, y había
oído de noche, á la luz de la luna, en el
Gran Canal, la barcarola de *I due Foscari*,
que entonaban á voces solas los gondole-
ros. Mi propósito, al recorrer una vez más
la Italia del Norte, fué saludar y tratar á
D. Carlos de Borbón, duque de Madrid.
También le conocía, pero por breve audien-
cia obtenida en París el mismo año y el
mismo día en que visité á una especie de
monarca literario, rodeado de una corte
muy etiquetera: Víctor Hugo.

Aunque el hijo de la archiduquesa Bea-

triz no hubiese influido tanto en los destinos de mi patria ni estuviese en situación de seguir influyendo, bastaría á justificar mi curiosidad la misma leyenda que la pasión política forjó sobre su persona y carácter. Mi espíritu rebelde no acepta á dos por tres las consejas que el clamoreo de los diarios impone al público, y mi juicio quisiera adelantarse al de la historia y tener ya algo de su imparcialidad generosa, con mucho de su infalible perspicacia. Y ¡extraño caso! aquí en tierra española, donde la opinión pública más adolece de corrosiva benevolencia que de espartano rigor; aquí donde hasta un mal clérigo parricida encuentra excusa y piedad, hablar de Don Carlos con templanza es grave delito; reconocer sus dotes personales, nefando crimen. ¿Qué había en cierto artículo de *El Imparcial* que movió formidable escándalo? Simpatía privada, moderación en la forma y descripciones basadas en datos de la realidad, no otra cosa, y, sin embargo, hundiéndose el firmamento y temblaron las esferas.

¿Quién no conoce al D. Carlos de la leyenda contemporánea? Abrid cualquier periódico satírico y allí le veréis. Rosario en cinto y trabuco al brazo; zancas de ciga-

rrón, boca de rana y cabeza de cretino; por montura el rocín de D. Quijote, cuando no el rucio de Sancho Panza. Lo moral corresponde á lo físico, y sobra gente de buena fe para quien el duque de Madrid es un fauno en lo bruto, un ogro en lo feo, un sátiro en lo vicioso y una liebre en lo cobarde. Cada día añade algún nuevo rasgo á su semblanza la fecunda inventiva de los noticieros, y no es de los menos singulares el que me dió á conocer una amiga mía, alemana de nación, mostrándose asombrada de que yo hubiese visitado á D. Carlos, cuando las *zeitungen* de su país aseguraban que D. Carlos, muerto en la sorpresa de Oropieta, había sido reemplazado por cierto zapatero francés que se le parece como un huevo á otro y hoy habita el palacio Loredán.

Bien sé cómo cuajan estas patrañas absurdas y á qué temperatura ha de estar la atmósfera para que cristalicen, y sé también que á veces las condensa una ley histórica—la que acreditó de tuerto y borracho á José Napoleón, que poseía dos hermosos ojos y no lo cataba.—Mas confesemos que en la actualidad tiene mucho de extraordinario poderse falsear así cosas tan

patentes y tan cercanas. ¿Qué opinión pública es ésta, ni cuál el oficio de los que la forman? Quien deteste las ideas políticas representadas por D. Carlos; quien crea que hasta deben raerse de la haz de la tierra, hágalo enhorabuena en nombre de principios serios y convicciones firmes, y no se base en invenciones, cuentos de viejas y embustes. Prestarles crédito, chafa el amor propio de cualquier persona sensata; discutir y propalarlas... eso ya tiene un nombre en todos los idiomas. ¿O es que si se demostrase que D. Carlos es tan galán como discreto, se acabaría la casta de los liberales españoles?

Vengamos al duque de Madrid, á quien he tratado de conocer y estudiar, si con las consideraciones que por tantos títulos se le deben, con la serena y analítica mirada de los observadores de oficio. Y á fe que si este estudio no fuese al par gusto y honra, pude ahorrármelo con trasladar aquí el juicio que acerca de D. Carlos escuché de la autorizada é imparcial boca del senador Pierantoni, esposo de mi amiga la eminente escritora Grazia Mancini. El senador Pierantoni—que es también un acreditado jurisconsulto,—tuvo ocasión de tratar á

D. Carlos en la época del célebre proceso del Toisón, y sintió mucho no haber sido abogado defensor del príncipe, en cuyo caso quizás la sentencia hubiera andado más acorde con la justicia. Y el senador Pierantoni, italianísimo, avanzadísimo, pero que ve las cosas desde afuera, me esbozó, entre festivos ataques dirigidos contra mi supuesta intransigencia política, un retrato del duque de Madrid poco diferente del que ahora mismo voy á dibujar á la pluma.

Ganas me entran de dejarme en el tinte-ro las líneas de la hermosa persona del Pretendiente: no lo hago, porque hoy no es lícito prescindir del influjo poderoso del cuerpo sobre el alma, y porque toda envoltura, bien considerada, delata lo que encierra. Es D. Carlos de elevadísima estatura, que en hombre menos bien proporcionado y apuesto parecería colosal. La cabeza, ni grande ni chica, campea airosa sobre el arrogante busto. Los ojos, obscurísimos y ensoñadores, atenúan el carácter, obstinado de puro correcto, de la intachable nariz. El pelo es de ébano; la barba, de seda negra, con dos ó tres hilos argentinos, distribuída por la naturaleza con tan buena gracia, que sin extralimitarse en el cuello ni las meji-

llas adorna con varonil gravedad el simpático rostro. El cutis, si allá en la primera juventud ostentó romancesca palidez, es ahora una fina piel morena que delata la complexión nervioso-sanguínea y las energías de un temperamento más adecuado á las guerreras fatigas y la vida activa del soldado y del monarca, que á los ocios y languideces del destierro. La mano merece notarse: es una nobilísima extremidad humana, que revela en su dueño, al par de la inteligencia y la exquisita pulcritud de la vida civilizada actual, el vigor necesario para aferrar la tajante de los antiguos paladines.

D. Carlos ha padecido afonía, y su voz es aún algo opaca: pronuncia bien el castellano, pero disuelve las *erres*, según por naturaleza ó vicio contraído acostumbran hoy bastantes personas de la aristocracia. Habla poco, y, cuando lo hace, con frase escogida, aunque sin pretensiones. Reflexiona antes de contestar á las preguntas; escucha mucho y observa siempre. No le he oído emplear ninguna de esas locuciones de origen flamenco hoy admitidas en la conversación de la gente más selecta; tampoco le he visto reir á carcajadas, y la sonrisa, en su cara

grave y bellamente melancólica, es como una luz inesperada y repentina: posee un encanto extraordinario.

El efecto que produce el *Deseado* del absolutismo es el de una persona en extremo culta, formal y sincera, irresistiblemente inclinada á tomar en serio las cosas de la vida, penetrada de la noción del derecho divino. Aquella majestad varonil de los miembros y del rostro trasciende al espíritu. Cuerpo y cabeza están pidiendo á voces el arnés, el caballo, la diadema, el manto de púrpura. Cierta tristeza vaga que rodea á D. Carlos es la de los destinos fallidos, la de las misiones históricas no cumplidas. Si algún hombre nació para rey es D. Carlos, y los que le hemos visto pasar podremos decir dentro de algunos años que hemos visto la encarnación viviente de uno de los conceptos fundamentales políticos en la raza ibérica: la *Monarquía*.

No soy entusiasta de la casa de Borbón, y hasta en sus reyes más elogiados, como Carlos III, encuentro bastantes tachas que poner. Creo que esa casa de origen francés nos trajo la política exterior más funesta á nuestros intereses; me indigna el observar cómo, cuando discurrían obrar mejor, los

Borbones se esmeraban en desviar del cauce la corriente de nuestra civilización y nuestro pensamiento nacional; y me subleva ver lo que hicieron de la idea del municipio y de nuestro viejo nervio independiente. Pienso que ellos nos amputaron la originalidad y nos practicaron la ablación del carácter propio. Mas también opino que las familias, como los pueblos, se educan á fuerza de experiencia, y á veces se mejoran en la adversidad. Todos hemos visto en Alfonso XII, de grata memoria, el escepticismo manolesco y la cruel indiferencia moral de su abuelo Fernando VII, transformados en ingenio, agudeza, don de gentes y espíritu conciliador; todos pueden notar en el duque de Madrid el tesón inquebrantable, el inflexible fanatismo y la formalidad pueril de D. Carlos María Isidro, primer pretendiente, convertidos en noble dignidad, seria convicción y tranquila entereza.

Tratando de los malos cómicos que desempeñan papeles de reyes y hablan á gritos, escribe Larra con oportunidad que cabalmente los reyes son las personas más compuestas y modosas del mundo y no alzan nunca la voz, pues para ser obedecidos bástales un gesto ó una mirada. D. Carlos,

que no ha reinado de hecho, es, no obstante, viva muestra de la distinción indefinible que imprime el *Poder* unido á la *Raza*, lo contrario de la arrogancia y despotismo de los señores improvisados. En el duque de Madrid hay una especie de humildad soberana, una dulzura y condescendencia, una reserva de tan buen gusto y una naturalidad tan exquisita, que el respeto brota del alma como espontánea flor y el afecto le sigue de cerca.

Hay detalles elocuentes. Dos indicaré tan sólo. El primero fué cuando Ortega Muni-lla interrogó á D. Carlos sobre la granada que cayó tan cerca de él en Plewna, que por una línea más le cuesta la piel. Advertí en el rostro del duque de Madrid reñida lucha entre el deseo de complacer, propio de su gran cortesía, y el miedo de parecer fanfarrón, cosa tan antipática á los hombres verdaderamente animosos. Por último, eligiendo los términos y en broma, á fin de quitar importancia al lance, refirió la heroica temeridad de su excursión á las avanzadas turcas, yendo—son sus palabras—«de aficionado.» El segundo fué al hablarle yo del *Diario autógrafo* de su vida, que Pirala imprimió al final de su *Historia contemporá-*

nea, y que, según el mismo Pirala, encierra páginas admirablemente escritas y retratos de personajes políticos hechos de mano maestra. Al nombrar este documento ví, sin metáfora, subir á las mejillas de D. Carlos el rubor de la modestia, y le oí decir con el acento más franco:—Yo no destinaba eso á la publicidad.—¿Fué abuso de Pirala el publicarlo, señor?—pregunté.—Y D. Carlos, con la mesura y el comedimiento que siempre dominan en sus palabras (aun al tratarse de sus mayores enemigos ó de los que más le han agraviado, por ejemplo, Cabrera), respondió:—No; tanto como abuso... Pero yo no escribí ese *Diario* para publicarle; bien conoces que no lo merece.

Aquí encaja una protesta. He asegurado que D. Carlos es hombre cultísimo, y añadido que redacta con facilidad y perfección suma; pero sentiría que los que todo lo extreman imaginasen que yo presentaba á Don Carlos como un catedrático, un erudito ó un literato. No sé qué idea de la monarquía se nos ha metido en los cascos, que exigimos al rey la sabiduría de Salomón y la inspiración de David, y queremos que cultive la oratoria y disertar sobre la radiación del calórico. En Alemania—¡la docta Alema-

nia!—lo entienden de distinta manera: lo que se pide á un rey es honrada voluntad, claro entendimiento y sana complexión, y el excelso emperador que acaba de bajar á la tumba dejando constituido el gran imperio germánico, no era sino un soldado, con pocas letras y ningún propósito de disputar á sus vasallos las cátedras de Gotinga. Aquí, sin duda, seremos todos unos pozos de ciencia, cuando nos parece grano de anís un Pretendiente que no escribe á la vez, como Echegaray, dramas y tratados de matemáticas sublimes. D. Carlos, aunque embebido en esto que se llama cultura general, me parece, sin embargo, menos hombre de biblioteca que de acción; es siempre aquél que en Praga, antes de los quince años de edad, para fortalecerse, se tiraba al agua sudando, después de haber corrido á pie ó á caballo en el rigor del invierno. Le juzgo capaz de discurrir más de lo que lea y de hacer más de lo que diga.

Lo que en D. Carlos predomina es el gusto artístico, bien demostrado en el arreglo de su elegante morada de Venecia. El palacio Loredán no se cuenta entre los más antiguos ni los más bellos de la sarta doble que rodea el Canalazzo. Por una ironía de

la casualidad, palacios cuyo solo nombre despierta un mundo de recuerdos históricos y de leyendas, y por cuyas balconadas ojivales, afilegranadas de tréboles y rosetones, parece que va á asomarse Desdémona, están dedicados á tercenas ú oficinas de Hacienda, mientras el romántico destierro del Pretendiente español se desliza entre los muros de un edificio relativamente vulgar. Pero desde los mástiles rojo y gualda para atar las góndolas en el desembarcadero, hasta el último clavo de la señorial mansión, todo indica el gusto refinado é inteligente del hombre moderno, educado por largos viajes, que prueban el arrojo y actividad del espíritu y la robustez del organismo en quien por recreo los emprende. Merecen citarse de Loredán el camarín de los dioses indios, alumbrado por luz rosada y misteriosa, que parece santuario doméstico de un devoto budista, y el cuarto de baño, donde hasta el piso es vidrio veneciano, esmaltado con los ricos é intensos colores del lapis-lázuli y la venturina. Nada digo del curioso Museo de la guerra civil, porque *El Imparcial* lo ha descrito menudamente; ni del comedor suntuoso y severo en que dos veces tuve la honra de sen-

tarme á la derecha del duque de Madrid. El recuerdo de este comedor evoca el de tan delicadas atenciones que, al revivirlas, no quiero dejar de enviar, más allá del Pireneo y los Alpes, respetuoso saludo al caballero y al príncipe.

Otro semejante á la egregia dama que desde Viareggio me manifestó el deseo, tan halagüeño para mí, de verme y hablarme una vez más. Antes que á D. Carlos conocí á Doña Margarita de Borbón, y saboreé su trato exquisito y aprecié su instrucción varia y sólida. Si el tiempo—tasado por el forzoso regreso de los peregrinos y por el viaje de la misma señora á Trieste á fin de asistir á la inhumación de las cenizas de D. Juan de Borbón,—me lo hubiese permitido, correría á ofrecerle mis respetos, y á ver transformado en lozana flor el lindo capullo que tuve en mis rodillas muchas noches en el Bocage: la infanta Blanca.

II.

CONFESIÓN POLÍTICA.

Como no soy ningún personaje de los que revuelven el cotarro, jamás me figuré que necesitase dar explicaciones acerca de *mi actitud*; pero tanto me preguntan las gentes, desde mi regreso de Venecia, haciéndose cruces, si *soy carlista*, y *cómo pienso en materia de política*, que juzgo más cómodo y breve responder á todos á un tiempo y por escrito.

Yo abrí los ojos al espectáculo social cuando estalló la revolución de Septiembre del 68: acababa de casarme, y eran mis años cortos cuanto floridos, pues excedían poco de tres lustros. De familia liberal, acogí con simpatía el movimiento; en breve los desplantes y excesos de la *gloriosa* me arrojaron en sentido contrario, hacia la reacción completa. Y como mi juventud y mi carácter vehemente y fogoso me inclinaban á los

extremos, fuí, siguiendo un proceso lógico, hasta la conspiración; y á permitírmelo mi sexo, fuera hasta el campo de batalla, donde no sólo me mostraba la fantasía esperanzas de regeneración para la patria, sino una libre y romancesca esfera de actividad, en la cual cabían ciertos elementos épicos y dramáticos que á veces faltan en la vida vulgar y apacible.

Consumada la restauración y consolidada la paz, olvidé las cuestiones políticas para entregarme del todo á mis verdaderas y absorbentes aficiones literarias. Mi pensamiento fué modificándose un día tras otro, al poder de la reflexión y del estudio; mas no por eso cambié de casaca (como suele decirse). Las mujeres somos en política bastante consecuentes: nada ganaríamos con ser volubles. ¿Qué estímulo nos había de empujar á la desertión? No nos es dado aspirar á más puestos oficiales que el de estanqueras ó reinas; y para mí, ya se deja entender que ni tanto acá ni tanto allá. No obstante, el lento trabajo de integración de las ideas se verificaba en mi cerebro tan inevitablemente como se cumplen en nuestro organismo las acciones químicas anexas á las funciones biológicas, y sin interven-

ción de la voluntad se renovaba buena parte de mi criterio. Para decirlo de una vez: yo *sentía* igual que antes, pero *entendía* de otra manera, determinada por la lectura, la diaria observación y el curso del tiempo, que, sin debilitarme, me traía calma, aplomo y sentido práctico; al menos, tal supongo.

Para definir mejor el cambio que se verificaba en mí dentro de la estabilidad de mis sentimientos, tengo que decir ante todo lo que me pareció ver en España. Naciones hay, y en el número cuento á Alemania é Inglaterra, donde la excisión entre el pasado y el presente político, ó, empleando una frase resobadísima, *el período de transición*, apenas es sensible, y se han llegado á juntar en haz apretadísimo las voluntades, obteniendo la unidad del pensamiento patriótico. Opino yo que esas naciones tienen ya mucho adelantado para aspirar á la ventura y grandeza compatibles con el estado actual del mundo, así como las familias bien avenidas prosperan más francamente y soportan mejor cualquier revés. Otros países, verbi gracia España, pueden ofrecerse como tipo y modelo de la zozobra perpetua, del desacuerdo consigo mismo. Desde principios del siglo harto sabemos que

no ha lucido para nosotros un solo día sin guerra civil, ya desembozada y en armas, ya latente en el parlamento, en la prensa, en el libro, en el alma, que es peor. Sea que las reformas é innovaciones se han planteado aquí con desatiento, sin respetar el genio de la raza, los intereses creados y los principios de equidad más corrientes; sea que nuestra indomable tenacidad dificulte todo adelanto, ello es que de ochenta años acá España anda partida en dos hemisferios que cabe nombrar, á imitación de los del mundo, la Vieja y la Nueva España, hermanas irreconciliables como el Eteocles y el Polinice del gran trágico de Eleusis. La Nueva España gana terreno á cada instante, quién lo duda; mas la Vieja posee una fuerza estática y una energía inmanente que la hacen en cierto modo eterna é invencible.

Reune la Vieja además otro elemento vital, y es que no tuvo ocasión de gastar sus ideales conforme los ha gastado la Nueva. De las aspiraciones que ésta trajo consigo, es el constitucionalismo y el sistema parlamentario la que le costó más esfuerzos y sangre y la que proclamó como dogma fundamental. ¿Pues dónde habrá cosa tan

desacreditada como el famoso sistema, caduco antes de la madurez? Sus propios sacerdotes sonríen como los augures romanos. A lo sumo, convienen en que es un *mal necesario, la menor cantidad posible de mal*. Los que lo miramos desde más arriba, transigiríamos con él si se redujese á útil farsa; si, perdida la flor, quedase el fruto, siquiera menguado y pobre. Pero va arraigándose en las conciencias la persuasión de que el sistema representativo, tal como hoy existe, es aparato lúgubre y funesto, á cuya sombra se trama nuestro daño; mampara solemne, tras la cual se consume la ruína, acabamiento y perdición de España; campo donde la ambición cosecha rosas y trigo, el país espinas, abrojos y ponzoñosa cicuta.

De aquí la endeblez y anemia de la Nueva España. Después de medio siglo de consecutivos triunfos, no ha logrado que nos encariñásemos con el estado de cosas que de ella procede, y si nos ha dado, relativamente, la seguridad individual, que el régimen absoluto hacía profesión de no respetar, en cambio nos lleva camino de la miseria pública y de una despoblación semejante á la que señaló el triste reinado del último Austria. Apagado el fuego de pronuncia-

mientos y motines, la política se reduce á una lucha por la existencia, no ya de banderías, sino de personalidades ambiciosas, y con la ambición ruín del propio interés, no con el noble afán del mando apetecido para realizar en la esfera de la razón práctica las concepciones más ó menos utópicas de la razón pura. ¡Ah! No se necesita ser un espíritu inquieto para estar descontento de lo presente. Desde la Restauración gozamos generalmente de tranquilidad; pero entre la mansa anarquía producida por la debilidad del Poder, nos empobrecemos y desangramos de un modo horrible. Con el licor de nuestras venas pagamos una paz, á la cual sólo Tácito supo dar nombre. Y de la duración de esta misma paz ó marasmo, ¿quién sale fiador? ¿Qué garantía ofrecen instituciones en las cuales pocos tienen fe, y que á título de interinidad sostienen en equilibrio sus hábiles adversarios? Después de sesenta ó setenta años de desgarradoras discordias, nos rige *algo* que, como la cabana de los cuentos rusos, se mantiene en pie por no saber hacia qué lado caerse. La Nueva España va apuntalando el ruinoso edificio, porque su caída prestaría á la Vieja nuevos ánimos y juvenil vigor.

Desde que las dos Españas combaten, sirvenles de bandera dos ramas de la casa de Borbón. La disputa de la legitimidad fué mantenida al principio por el partido liberal, que deseaba limpiarse el estigma de usurpador; hoy que este nombre ya no suena tan mal, los hombres más ilustres de la Nueva declaran que nadie puede invocar el derecho hereditario sino D. Carlos; pero que aquí no hay litigio de derechos, hay pleito de ideas, una lucha, como la que presencié la tienda de Montiel, entre el pasado y el presente.

Antes del advenimiento de Amadeo de Saboya, mi padre, diputado en las Constituyentes, dijo al general Prim que, procediendo con lógica, la interinidad debía resolverse por medio de un plebiscito, y Prim le respondió: —¿Está V. loco? Con un plebiscito verdad vendría el niño Terso.—De entonces acá corrieron años y variaron las circunstancias; no tanto, sin embargo, que la fuerza numérica del partido carlista no sea aún formidable y no pueda decirse de él que, á diferencia de agrupaciones tan fácilmente formadas como disueltas—los moderados, la unión liberal, sin hablar de los efímeros núcleos que hoy se destacan,—

tiene en su fondo histórico una razón de ser como elemento nacional, y es el único partido que posee terruño, suelo y subsuelo. Pasan los demás, él permanece, y asombra verle sobrevivir á tanta esperanza fallida, á tanta derrota, á tan inverosímil ayuno.

Por lo mismo debiera ser asunto de reflexión el hecho singular de su impotencia absoluta para obtener un triunfo decisivo; impotencia que no explican satisfactoriamente traiciones ni manejos, secundarios siempre ante las grandes virtualidades históricas. Así el primer como el tercer Pretendiente tuvieron mil veces cogida por sus alas de oro á la victoria, y la ágil dea se les fué de entre las manos cuando más próximos estaban á dejarla cautiva. Diríase que una valla misteriosa se interpuso entre la Vieja España y el éxito. Yo no creo en la casualidad, y menos la hago intervenir en la marcha de las sociedades, donde claramente diviso á la Providencia reguladora guiando á los pueblos por extrañas vías, según conviene á sus altos designios; y afirmo que ni las intrigas napolitanas que detuvieron á Carlos V de Borbón en el arroyo Abroñigal para que no entrase en Madrid; ni la

ba la perdida ó el inepto curandero que mataron á D. Tomás Zumalacárregui; ni la tardanza en saberse la muerte de Concha, fueron agentes del ciego destino, sino de la Soberana Voluntad, que ha dispuesto que los ríos no corran hacia arriba, aunque en ello se empeñe el hombre. Interpreto, pues, este doble fenómeno—una Vieja España impotente para triunfar, una Nueva España incapaz de aprovechar el triunfo,—como prueba de que á ninguna de las dos aisladas, sino á las dos reconciliadas y unidas, toca remediar los males contemporáneos y abrir los gloriosos horizontes venideros.

La Nueva España sabe ya por experiencia que ciertos principios esenciales de la Vieja no puede combatirlos impunemente; sobre todo, el catolicismo como religión nacional y la forma monárquica. Después de inconsiderados ataques y ridículas declamaciones, ambas cosas ha tenido la Nueva España que instaurar, encontrando en ellas la única base sólida de sus instituciones actuales, el cimiento del orden y de la vida pública. A su vez la Vieja tiene motivos para hacerse cargo de que han cambiado los tiempos (perogrullada altamente filosófica), y que mantener ciertas aspiraciones

y ciertos programas no es consecuencia, es terquedad inútil.

Ni deja de serlo por revestir formas estéticas, declarando más hermoso morir abrazado á la bandera vencida que admitir transacciones y pactos. Una cosa es lo bello según el arte, otra la gobernación del Estado y la prosperidad de la nación; y tan absurdo me parece supeditarlas á razones estéticas como á consideraciones sentimentales ó morales, según hacen los que en las virtudes domésticas de una dama augusta ven la garantía del público bienestar.

El problema del partido carlista es que lo que constituye su fuerza constituye también su impotencia. Inmutable, negándose á arrollar ni una punta de su bandera—como si las banderas fuesen de bronce ó mármol, y no de tela ondeante y flexible,—vive de su propia cadavérica rigidez. ¿Vencerá no cediendo? Pienso que no. Podrá la conflagración europea que se cierne en la atmósfera ofrecerle algunas remotas probabilidades, y nuestra desastrosa situación interior, sobre todo si se complica con trastornos y ensayos de república, prestarle ánimos para lidiar otra vez; mas si no entra en

la esfera de lo práctico, se quedará á la puerta, como siempre.

Ya sé que lo prefieren todo á hacer concesiones, y quieren la proscripción de Don Carlos y de su raza antes que borrar una letra de sus cánones. Ni el ejemplo de la Iglesia, fiel depositaria de la eterna verdad, y sin embargo tan dúctil contemporizadora, les mueve. No ha mucho pude oír á un joven tradicionalista, licenciado en derecho por más señas, exponer su programa: previa censura para el libro, restablecimiento de la Inquisición y una especie de federación foral bajo el cetro de un monarca absoluto. Reconozco que no se debe hacer responsable al partido entero de ciertos radicalismos; sé que D. Carlos, en recientes documentos, manifiesta un espíritu de templanza digno del mayor elogio, y no obstante, cumple á mi sinceridad añadir que el joven tradicionalista á que aludo será, dentro del partido, la ortodoxia, y yo la heterodoxia desenfadada y punible.

Mi situación de ánimo es la siguiente: respeto profundamente al duque de Madrid; estimo en lo que valen sus altísimas prendas; pero hoy por hoy me conformaría con cualquier cosa que nos sacase á flote y nos

pusiese en marcha—y en esto no hago sino adherirme á los sentimientos del duque de Madrid mismo, quien cree que sólo la creciente infelicidad de España legitima las tentativas encaminadas á presentarle nuevas soluciones.—Claro que si consulto á mis simpatías personales, están con la Vieja España, retrocediendo, por supuesto, al período de nuestra mayor grandeza. Sólo que no juzgo factible fijar en época alguna la rueda sin fin de la historia; y si la contemplación del *ayer* impulsa hacia el estacionamiento y el pesimismo, el buen sentido manda atender al daño actual y sacrificar predilecciones de artista al bien común.

Por reiterados síntomas he venido á comprender que en el día la cuestión política pierde importancia, mientras la cuestión práctica se impone. De los sufridos contribuyentes, de la agonizante agricultura, de la pisoteada industria, de las arrinconadas provincias, de los espíritus honrados, en fin, se alza una protesta y tiende á formarse un partido escéptico, si por escepticismo ha de entenderse atribuir más valor á la rebaja de tributos que á la ley de matrimonio civil. A este partido no he menester afiliarme: á este partido está afiliado

todo el que conserva fuerza de indignación contra abusos no por consuetudinarios menos abominables.

Pensando en este partido, reflexiono más que nunca en la necesidad de conciliar á las dos Españas rivales, y en que, siendo posible, nos convendrían, para resolver satisfactoriamente la crisis tremenda del Erario y de la riqueza pública, instituciones que no precisasen apoyarse en racimos de hombres políticos, sino que estribasen en la sana conciencia nacional; instituciones fuertes y robustas, capaces de hacer una hombrada, si á mano viene. Por eso vuelvo los ojos hacia lo único que no se ha ensayado todavía, y doy vueltas á la cuestión—cuando no me preocupa alguna literaria, que es lo más frecuente.—Pues bien sabe Dios que no me entretienen pizca ciertas disquisiciones, y me creo tan poco apta para ellas, como sobrada de buena intención y desinterés, ya que no me han de valer ni el estanguillo, sola meta de las femeniles ambiciones.

.....

Cruzábamos el Gran Canal dirigiéndonos á la estación del ferrocarril; miré hacia las ventanas de Loredán, y una inmensa tristeza embargó mi alma. Mientras la gón-

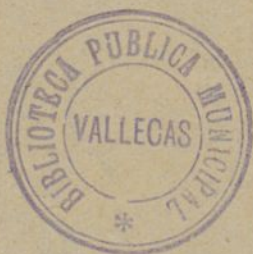
dola, silenciosa y negra como un ataúd, se deslizaba con fantástica suavidad sobre aquellas aguas en que flotan la nostalgia y la leyenda, yo callaba, vuelta hacia el palacio, dejando que inundase mi corazón la marea de la angustia. Allí se quedaba tal vez el remedio y la salvación de España. Dentro de breves horas, también saldría el dueño del palacio, pero en dirección opuesta, hacia Trieste, á depositar bajo las solitarias bóvedas de la Catedral las cenizas de su padre, junto á las de sus tíos y abuelos—estirpe de tristes hados, como aquélla de que habla el poeta Carducci en su bella Oda.—Nosotros, entre tanto, regresaríamos á la dulce tierra natal, que con tan doloroso amor contemplan desde lejos los ojos del expatriado y del proscrito...

ÍNDICE.

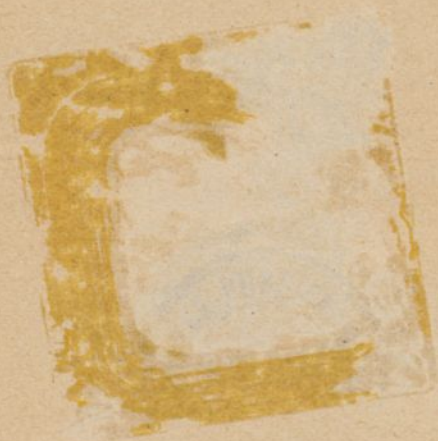
	Páginas.
Advertencia á quien leyere este libro.....	5
Á Roma.....	11
La Romería en siluetas.....	21
Una Salve.	31
Viaje de recreo... espiritual.....	39
La Noche-Buena en Roma.....	49
La Iglesia Madre.....	61
Güelfos y gibelinos.....	69
El fantasma blanco.....	81
Los Santos novísimos.....	93
Dos muertes.....	107
Una audiencia y una grilla.....	117
Un cicerone gratis.....	125
Jornada florentina.....	137
Una visita á San Antonio de Padua.....	145
Loreto.....	155
Acqua Vergine.....	165

EPÍLOGO.

I.—Don Carlos.....	177
II.—Confesión política.....	193







Ayuntamiento de Madrid